

Barbarie

No hace mucho, «Socialismo o Barbarie» fue divisa corriente para aquellos que, criticando el modo de vida capitalista, apostamos por otro modo de vida sin capital y sin Estado. Fue a la vez un principio gnoseológico y ético: nos dio a entender y nos movilizó.

Nos dio a entender la naturaleza profunda del Capitalismo, su tensión de muerte. El carácter fetichista de la mercancía entrañaba la enajenación como modo de vida. Las relaciones sociales entre personas se convertían en relaciones sociales entre cosas. La relación monetaria, el valor de cambio, el dinero como relación social, sería el único fetiche que regiría el mundo que conocemos. El Capitalismo, en su desarrollo y extensión generalizaba la barbarie. El repaso, hoy, de 20 años de su vida (que es la nuestra), no contradicen tal análisis; la mirada actual sobre el mundo por él conquistado, menos. No hace falta volver a la retahíla de datos y cifras ya por repetidas inocuas: Barbarie.

Nos movilizó. Su camino podía ser parado. El tipo de expoliación, explotación, exclusión

que sostenía podía ser superado y en su ruina intentar otra forma de producción y de vida. Pero ello no era ineluctable: sólo la actividad de los hombres podía construir, no dentro sino más allá del Capitalismo, el socialismo: palabra que revestía un fin posible del Capitalismo y no otra forma de gestionar el mismo.

Para aquellos que fue simple divisa de ortodoxia y de militancia, fácil les fue cambiar de credo y de bando, y ahora ironizan la divisa de sus años jóvenes y la acusan de haber retrasado su compromiso con este Capitalismo posible y de haber escamoteado las razones profundas, no ideológicas, de la barbarie: otra vez las causas naturales y humanas. Para nosotros la vieja divisa cumple aun su función gnoseológica haciéndonos ver cómo avanzan a la par Capitalismo y barbarie; que lo que generaliza a ésta son unas relaciones sociales determinadas y no unas causas naturales, y nos impulsa a indagar en aquellas, buscando más razones sin conformarnos con el cinismo acríptico de los media: hay hambre en Somalia porque no llueve, hay guerra en Yugoslavia porque la gente está loca.

En Yugoslavia hay hombres con pasiones encontradas, resentimientos, odios,... con raíces étnicas, religiosas, nacionales; pero hay más cosas, que explican porque unas diferencias se convierten en guerra, que explican la actual situación en los Balcanes. Quizás la primera barrera para llegar al conocimiento de lo que pasa y su porqué sea la misma información mediática que lleva la comprensión a lugares comunes tópicos donde ésta embarranca. Lugares comunes hechos de estereotipos que reducen la dimensión social de la realidad, que seleccionan sólo una parte de ésta, que universalizan comportamientos individuales, etc.

Uno de estos lugares comunes consiste en entender la actual situación bélica como la pugna entre el viejo aparato comunista (la Serbia de Milosevic) y los partidarios del cambio hacia la democracia y el mercado (Eslovenia y Croacia con Kucan y Tudjman). Pero aparte de las razones internacionales de la conveniencia de este engaño, resulta que los Milosevic, Kucan y Tudjman son los tres jefes de fila del viejo aparato comunista, y tan dictatoriales son las medidas de estado de excepción sobre la población albanesa de Kosovo decretadas por Milosevic, como las puestas en pie por Tudjman contra la minoría serbia en Croacia, como los plebiscitos para la independencia llevados a cabo por Kucan y Tudjman. Todos se llaman demócratas y se acusan de fascistas, pero tal como se escribió durante el levantamiento de la ciudad de Budapest en 1956, lo único cierto es que «los fascistas son los que tiran sobre el pueblo».

Otro lugar común es el de entender la guerra en los Balcanes como una guerra entre religiones. No cabe duda de la importancia de las iglesias y de las confesiones musulmana, ortodoxa y católica en la configuración histórica de estos pueblos, y del papel beligerante que hoy juegan los dirigentes respectivos de estas confesiones. Pero esta beligerancia se hace en nombre de intereses concretos, intereses contrapuestos, resultantes también de la lucha de clases mundial.

Quizás el lugar común más utilizado es el que reduce la guerra a un conflicto inter-étnico. Para ello se recurre a todos los estereotipos: los croatas serían todos *oustachis* y los serbios todos partisanos; pero entre los partisanos de Tito, croata, el 60 % eran croatas, y las distintas etnias siempre han convivido mezcladas. Otra vez es la diferencia étnica la que sirve por igual a los poderes respectivos ahora en Serbia, Croacia y Bosnia-Herzegovina de coartada para lanzar a unos pueblos contra otros (otra vez aquí la decisiva importancia de los media, la TV, los intelectuales...). Entre ellos se necesitan contra un pueblo que se manifiesta por la paz (la importante manifestación en marzo del 91 en Belgrado y posteriormente en Sarajevo donde 200.000 personas fueron ametralladas por las tres guerrillas nacionalistas: musulmana, serbia y croata) y por la desertión. En nombre de la identidad étnica se lleva a cabo una guerra de conquista y genocidio.

Otro de estos lugares comunes es el que remite el actual conflicto a un pasado sin conexión con el presente, escamoteando, por tanto, la dimensión histórica y social de éste. Se recurre a la historia como suma de momentos pasados pero no como interacción sucesiva de intereses contrapuestos, como lucha de clases entre y dentro de cada una de las nacionalidades en cuestión, que explique el porqué del titismo —una fórmula atípica, respecto al estalinismo, de resolver la política (federación) y la economía (autogestión)— y, más hacia acá, que explique la disolución de la Yugoslavia socialista.

Otro lugar común concurrente es el de la no beligerancia de la Europa democrática. En él abunda toda una literatura que vendría a echarle en cara su no actuación, el no estar a la altura de las circunstancias para parar la guerra, etc., cuando es precisamente su beligerancia acorde a sus intereses geoestratégicos o de mercado la que aviva este conflicto. (Pensemos en

el rápido reconocimiento de Croacia y Eslovenia por parte de Alemania; la primera alineación de USA —Baker— con Serbia; la ayuda militar de Rusia y China a Serbia; la ayuda a la guerrilla croata por parte del Vaticano; etc.).

Fuera de estos lugares comunes, dentro de la actual lucha de clases mundial en el momento actual de recesión/restricción del mercado, de cerrar las puertas del supermercado,... ¿cómo entender lo que pasa en los Balcanes? Sabemos que el Capitalismo es aún una economía de guerra, que su industria ha de hacer armas... y, por tanto, guerras. Pero, ¿porqué ahora ésta y aquí? Sabemos que la lógica de la acumulación lleva a la barbarie y podemos seguir su rastro pero se nos escapan el qué y el cómo; atendemos perplejos, mudos, el devenir de un horror que aún puede aumentar a partir de Kosovo. ¿Otra vez ensayo general de otra guerra mundial? La CORRESPONDENCIA recibida en torno a Yugoslavia y que aquí publicamos puede ayudarnos a pensar esta perplejidad.

Con todo, si la función gnoseológica de la vieja divisa nos es aún pertinente, su carácter movilizador es hoy menor o distinto. Si ayer la barbarie y el horror nos movilizaban, hoy nos paralizan. Quizás, en parte, fruto de la perplejidad antes mencionada; quizás, en parte, fruto de la duda sobre la eficacia de nuestra intervención: sin querer caer en el error de hacer un análisis «post festum», del que sabe de antemano lo que sucederá, sí que acusamos la experiencia de ver las cosas ir justo en la dirección opuesta a la que habíamos apostado; de ver que lo que pretendíamos suprimir vuelve (para resumir, ¿basta con señalar la vuelta de la doble águila en Rusia o la legitimación de la legión española como cascos azules?).

Esta parálisis y pasividad es reforzada aún por las campañas de solidaridad que desde distintos poderes se nos lanzan, por lo que tienen de engaño: llaman a la solidaridad los que, en parte, gestionan el conflicto (y la solidaridad) y luego te culpabilizan. Recurso, por otra parte, cada vez más utilizado: ellos, los que con su poder real gestionan una sociedad que propicia la xenofobia, expande la polución, mina nuestra salud, etc., lanzan campañas de denuncia sobre todo ello, haciéndonos culpables a nosotros.

Etcétera. Barcelona, diciembre 1992



PARA SITUARNOS...

En el mes de mayo de 1944 Winston S. Churchill afirmaba ante el parlamento inglés: «Nos hemos proclamado vigorosos sustentadores del mariscal Tito... Le estamos enviando, y nos proponemos enviarle, los mayores suministros posibles de armas... Recuérdese que hay un gran número de propietarios rurales serbios —acaso doscientos mil— que son anti-alemanes, pero reciamente serbios, y sostienen, naturalmente, las opiniones de una comunidad de propietarios campesinos respecto a la propiedad, siendo menos entusiastas respecto al comunismo que algunos de los croatas y eslovenos. El mariscal Tito, en gran parte, ha anegado su aspecto comunista en su carácter de conductor de los patriotas yugoslavos. Repetidamente ha proclamado que no tiene intención de transformar los sistemas de propiedad prevalecientes en Serbia».

Con el aval político y militar del gran estratega e ideólogo que para la política del capitalismo fue Churchill, Tito realizó la unificación práctica de los territorios balcánicos. La clave para conseguir este objetivo político fue su disposición para permitir la reestructuración del capital yugoslavo sin poner en peligro las opiniones de una comunidad de propietarios con respecto a la propiedad. Como siempre ha sido, el motor para reemprender la senda de acumulación capitalista, tras el parón de la guerra, fueron los trabajadores, convencidos en su mayoría de que iban a ser ellos los gerentes de la nueva sociedad.

Tras la guerra, en Yugoslavia no era difícil llevar a cabo la reestructuración del capital. El 80% de la industria pesada, mayoritariamente de capital chetnik, pasó automáticamente de manos de los nazis a manos de los nuevos burócratas. Los nuevos propietarios de la tierra que habían colaborado con el régimen de Hitler, también fueron expropiados, aunque en realidad lo que se hizo fue una amortización agraria consistente en nacionalizar tierras de la iglesia católica cuya vinculación durante la guerra con los ustachi había sido insultantemente manifiesta. Los partisanos engrosaron las filas de la policía política y coparon los puestos claves de los Consejos Obreros. El principal escollo para poner en marcha la industria era la escasez de proletariado industrial (500.000 sobre una población de 17 millones), pero el empuje ideológico del comunismo y las técnicas de producción y disciplina stajanovista (no exenta de avanzados programas de educación, conductismo de masas hacia el «Welfare State» y mucho culto a la personalidad de Tito), junto con la co-

lectivización de zonas rurales que forzó la inmigración a las ciudades, permitió incorporar a la industria numerosas y entusiastas manos. En 1950 se introduce en la legislación laboral el concepto de «co-gestión», se responsabiliza a los Consejos Obreros de asegurar una mayor participación democrática en la explotación, las empresas mixtas adquieren cada vez más independencia en la toma de decisiones. Son los propietarios de los bonos recompensa, por su participación en la guerra y/o en la reconstrucción acelerada en la postguerra, los que determinan la política de la empresa en lo que se refiere a inversiones, línea de productos, productividad, suministros, etc. Los salarios, regulados ficticiamente por el gobierno, sufrieron un fuerte deterioro al incorporarse técnicas de comisión sobre beneficios.

En el terreno político, el poder se descentralizó por repúblicas, el Frente Popular vertebrado por la Liga de los Comunistas empezaba a gestar diferencias políticas, siempre relacionadas con conflictos económicos. Estas diferencias tenían su correspondiente nacional, étnico o religioso.

A finales de los 50 aparecen las primeras luchas obreras provocadas por los bajos salarios y el recurso de la industria a la economía paralela (ocupación de mano de obra por debajo del salario mínimo).

En los primeros años de la siguiente década se producen las primeras divisiones de la estructura económica. El poder central, propietario de las fábricas de armamentos y empeñado en desarrollar económicamente las regiones más desfavorecidas, empieza a ser contestado por los burócratas de las regiones más prósperas, apoyados estos por los sindicatos que empiezan a darse cuenta de que los salarios dependen ya más de la productividad que de las políticas «comunistas». Los enfrentamientos entre los conservadores ligados al Ejército y los liberales tiene su correspondencia nacional. El norte transfiere plusvalías hacia el sur. La banca central ahoga las tendencias desarrollistas de las repúblicas más prósperas favoreciendo las inversiones en las grandes fábricas de armamentos y en planes de ayuda al sur... Entre 1963 y 1965 se consolida la nueva constitución que otorga mayor poder a las autoridades de las repúblicas. Se inicia un proceso de descentralización política, se reduce la influencia del presupuesto del Estado en la política de inversiones regionales y se fortalece el papel de las nuevas clases dirigentes, las cuales favorecen la participación de la economía en el mercado internacional. Poco a poco se transfigura el buró-

crata y aparece el gestor, cuyos rasgos más característicos se corresponden a los perfiles de personajes que, como Milosevic o Tudjman, en aquellos años escalaban puestos en el mundo de la banca y las finanzas, a la vez que iniciaban un desenganche paulatino de las estructuras financieras centrales lo que les permitió restituir vínculos con sectores religiosos, banderías políticas neo-nacionalistas y sus correspondientes familias o etnias. El resultado de este proceso es el incremento del desempleo y las migraciones internas.

Más de 250.000 personas se ven obligadas a emigrar desde Kosovo, Bosnia y Montenegro hacia Croacia y Eslovenia, donde se emplean en la creciente industria turística. Estas migraciones desvirtúan los pilares étnicos y religiosos sobre los que Tito construyó la unificación territorial y política.

El resultado de las reformas económicas es el incremento del desempleo y el descenso del poder adquisitivo. De nuevo, pero esta vez con mayor empuje, el país se ve envuelto en una ola de huelgas salvajes, protagonizadas por los obreros manuales frente a los burócratas y empresarios. No eran pocos los obreros que empezaban a ver claro y a entender que no viajaban en el mismo barco que sus timoneles. La respuesta del poder central confederado y sus adláteres de la Liga de los Comunistas y los sindicatos a la inestabilidad y las huelgas salvajes, fue la represión combinada con una mayor descentralización y autonomía de los sectores más liberales del régimen. Tampoco en esta ocasión Tito defraudó la confianza que años antes Churchill y el capital internacional le habían otorgado.

Durante los años siguientes la situación económica se caracterizó por los salarios de miseria, una inflación galopante, emigración de mano de obra al extranjero, intervención cada vez mayor del capital extranjero en las industrias yugoslavas —en especial en las de armamento— y la consolidación en las regiones prósperas de Croacia y Eslovenia de los intereses de los propietarios locales.

La muerte de Tito fue el pistoletazo de salida hacia la meta del poder político de los sectores que a lo largo de los años anteriores habían conseguido una buena posición económica y social en la línea de salida. El recurso fácil al nacionalismo exacerbado y al dogmatismo religioso fue la zanahoria de esta carrera. La comprensión internacional bien aliñada por los media, el visto bueno de gobiernos e iglesias y la colaboración económica del capital americano, alemán, francés, etc., compusieron el coro de entusiastas animadores y apostadores en tan siniestra carrera.

Para ilustrar este símil, baste con echar un vistazo al protagonismo de algunos personajes de la arena políti-

ca internacional en los asuntos económicos de Yugoslavia y que hoy aparecen en prensa y televisión como humanitarios negociadores por la paz. Veámoslo someramente y que cada uno saque sus conclusiones.

Cyrus Vance, actual presidente de la comisión de Naciones Unidas para las conversaciones de paz, fue secretario de Estado USA (1977-81), cuando Lawrence Eagleburger —actual vicesecretario de Estado norteamericano— era embajador USA en Belgrado. Ambos personajes habían establecido buenos lazos de colaboración con Slobodan Milosevic cuando este fue director de la sucursal de Beobanka (el principal banco yugoslavo) en Nueva York y posteriormente presidente de Beobanka en Belgrado.

Tanto Eagleburger como Vance tienen contactos, pasados y presentes, con la industria militar USA. Vance fue secretario de defensa y estuvo en el consejo de directores de General Dynamics, importante adjudicatario de contratos de armamento. Eagleburger fue secretario de defensa, consejero político de la legación USA en la OTAN, asesor del presidente en asuntos de defensa, consejero de ITT (otro gran contratista de dicho departamento) y director de Kissinger Associates, una poderosísima consultoría que proporciona análisis globales en materia de geopolítica, estrategia y economía.

Lord Carrington, el dimitido presidente de la comisión de la CEE para las negociaciones de paz en Yugoslavia, forma parte del consejo de dirección de Kissinger Associates. La empresa constructora yugoslava Energoprojekt, que obtuvo grandes contratos en Libia e Irak, fue uno de los mayores clientes de Kissinger Associates.

El complejo militar industrial yugoslavo adquirió de su homólogo norteamericano patentes de armamento sofisticado que fueron pagadas por encima del precio de mercado. Los intermediarios USA recibieron el correspondiente pago por su intervención en las transacciones. Los yugoslavos produjeron cantidades ingentes de dicho armamento utilizando la tecnología USA. Los ingenieros y trabajadores yugoslavos recibían sus sueldos en una moneda que sufría un 2.000% de inflación anual, por lo que los costes laborales eran sensiblemente inferiores a los que se daban en USA. Los productos fueron vendidos por debajo de los precios de mercado a Irak, Libia, Irán, Argelia, Sudan, Etiopía, Somalia, Corea del Norte, etc... Se vendieron a cambio de dólares o petróleo. Los dólares fueron al Beobanka, el petróleo almacenado por Tehnogas, una importante compañía yugoslava de combustible presidida también por Milosevic.

Etcétera. Barcelona, diciembre 1992

NACIONALISMOS EN YUGOSLAVIA: ANTECEDENTES Y PROBLEMAS ACTUALES

Al enfocar el tema de los rasgos específicos del nacionalismo en el área de los Balcanes (o sudeste europeo) —concretamente en los territorios que hasta hace poco formaban parte de Yugoslavia— me inclino a la tesis de que la religión ha tenido un papel esencial en su surgimiento y perpetuación. Las escisiones religiosas han sido y siguen siendo la causa, tanto de las divisiones (conflictos) nacionales, como de concretas guerras religiosas que han sacudido Yugoslavia durante la II Guerra Mundial y actualmente. Es por eso que tienen razón los que opinan que la tolerancia religiosa es una premisa fundamental para la tolerancia política y nacional en Yugoslavia. Solamente de este modo es posible crear las bases para una convivencia civilizada, análoga a las que fueron creadas después de las guerras religiosas en Europa occidental. Tal como dijo el filósofo yugoslavo Tadić: «nosotros estamos aun en el prefacio de la paz de Westfalia».

La segunda tesis que me parece aceptable es que en Yugoslavia, al igual que en la mayor parte de los países de Europa del Este —particularmente después de la desintegración de la Unión Soviética— la euforia nacionalista de las dos últimas décadas ha sustituido a la democracia, y ha sido la sustitución por la ausencia de democracia. La libertad de la nación o del Estado nacional nunca puede sustituir a la libertad de los ciudadanos, aun menos en los países agobiados por los antagonismos nacionales. La glorificación de la soberanía nacional, o sea, de la soberanía del estado nacional no sólo conlleva el totalitarismo de la homogeneización nacional, la discriminación de otras naciones, sino que también implica la opresión de los individuos y los ciudadanos. Las oligarquías nacionales ocultan sus intereses particulares bajo el pretexto de la solidaridad nacional, ocultando en esa forma las diferencias y conflictos sociales y políticos en el propio medio. Toda ideología *Volksgemeinschaft* (comunidad nacional), tanto en el fascismo como en el socialismo autoritario (stalinismo) reduce el nacionalismo a su componente populista (*völkische*) lanzando el lema «¡Opresores y oprimidos de la misma nación, uníos!» El egoísmo nacional y el etnocentrismo, siendo la base de la política de estado, confunden el pueblo con la nación, la soberanía popular (democracia) con la soberanía nacional.

El nacionalismo exacerbado tiende a perpetuar la tensión psicológica, la adoración de «la idea nacio-

nal», tratando de prescindir y anular todas las diferencias políticas y de clase, poniendo siempre en un primer plan «el interés nacional» y la sobrevivencia nacional. Este tipo de nacionalismo enfatiza permanentemente la idea del Estado nacional en lugar de la idea universal de la comunidad popular, la comunidad humana; enfatiza el espíritu de la «autoayuda» nacional y la autarquía nacional en lugar de la solidaridad internacional y acuerdos democráticos. Puesto que no admite el espíritu de hermandad y universalidad humana, el nacionalismo no reconoce la idea de justicia como parámetro crítico de la política. En lugar de eso, el nacionalismo extremo enfatiza la teoría de la fuerza y el derecho del más fuerte en la guerra como una virtud y causa justa en la arrogancia nacionalista («furore teutonicus»). Ahí donde la nación se convierte en la base predominante de la vida política, la democracia no puede ser promovida. Eso corresponde a lo que describió Wilhelm Hennis: «A un ciudadano común y corriente que forma parte de una nación occidental no le da lo mismo, pero tampoco le es fundamental si nació como suizo, inglés o canadiense... No es la pertenencia a esta u otra nación sino el carácter del gobierno, lo que determina el carácter de una comunidad política moderna y el destino de las personas que constituyen esa comunidad...»

La nación y los sentimientos nacionales están instrumentalizados, se exagera el sentimiento de la presencia de grupo, del destino común y la solidaridad. Y si agregamos a eso la identificación de la nación con la religión, que es el caso más común de las sociedades de Europa del Este, asistimos al surgimiento de un sistema de valores muy fuerte y al mecanismo de la movilización social. Este tipo de «teología de la nación» ha demostrado su éxito tanto en el caso de la religión católica (por ejemplo, Polonia, Croacia, Ucrania) como en la religión ortodoxa (Serbia, Macedonia, Armenia, Rusia,) y en el fundamentalismo islámico (Bosnia y Herzegovina, Kosovo, repúblicas exsoviéticas del sur asiático).

Las grandes naciones históricas han comenzado su existencia con la creación de estados centralizados y el triunfo del principio de la soberanía estatal sobre la supremacía papal, a partir de la quiebra de las monarquías absolutistas y la creación de la sociedad civil (sistema de democracia representativa). Las de Europa del Este forman parte de las llamadas naciones tardías (*Verspätete Nation*, en términos de H. Plessner) y

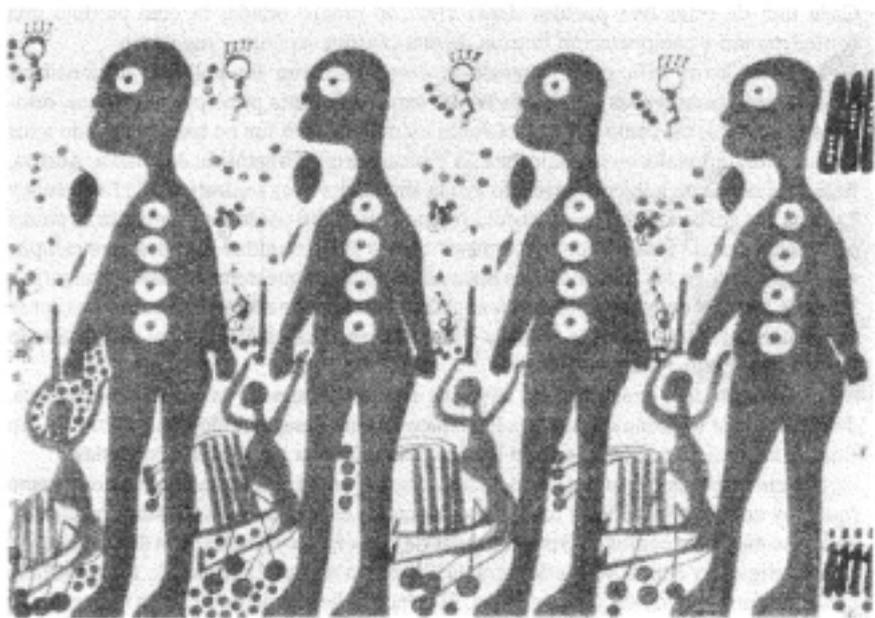
podemos constatar que simplemente imitan la trayectoria de las naciones desarrolladas, o sea, históricas.

Mientras que esas naciones «históricas» (que en el pasado han satisfecho sus aspiraciones imperialistas y como grandes potencias han logrado la estabilidad del orden estatal) se inclinan a cierto tipo de nihilismo nacional (o sea, para ellas la cuestión nacional no juega un papel decisivo) y aspiran hoy en día a alianzas supranacionales, «las naciones tardías» cargadas de impaciencia tienden a las formas extremas que llegan al grado del paroxismo nacional con la arrogancia y agresividad manifiesta. El filósofo que ya mencionamos, Tadich, afirma que este espíritu agresor de las naciones tardías muy a menudo se manifiesta en sus rasgos trágicos «como una laceración entre grandes deseos y limitadas posibilidades históricas». Es por eso que la actual situación yugoslava, al igual que la de los países de la ex-Unión Soviética, corrobora en la mejor forma dichos rasgos trágicos. Aquí asistimos a la repetición de la experiencia del fanatismo nacional, que extrae su energía de un pasado romántico-mitológico y muy a menudo falsificado; dicho fanatismo es un caldo de cultivo para una fuerza cruda y brutal («espíritu guerrero») y la forma de vida «heroica», para la supresión de todo tipo de libertades políticas y civiles y para la subordinación forzada del individuo a los intereses abstractos de la nación y al culto del caudillo (*Führerdemokratie*). Todos los motivos y «argumentos» del romanticismo político conservador del siglo XIX surgen como reacción contra los logros democráticos de la gran revolución francesa, han sido utilizados al máximo (autoridad patriarcal, idealización de los caudillos y elites, desigualdad racial y étnica, xenofobia, etnocentrismo, ideología de «*Blut und Boden*», etc.).

En los nacionalismos yugoslavos el pasado atávico es el dueño soberano del presente y del futuro. La historia, concebida exclusivamente como pasado, siempre ha sido el instrumento de la conciencia y cultura nacional conservadora. Los conflictos actuales en Yugoslavia son consecuencia de la escisión religiosa (el cisma) dentro de la iglesia cristiana cuando en 1054 la iglesia griego-ortodoxa se separó de la iglesia católica romana. Todos los pueblos eslavos tienen el mismo origen étnico de modo que su primer alfabeto ha sido el mismo —cirílico— con el cual divulgaban el cristianismo desde el siglo IX al

XIII en el idioma eslavo (eslavo eclesiástico). Cuando el príncipe croata Tomislao se vinculó con la iglesia latina con el fin de obtener el apoyo del Papa y ser reconocido como rey (en 925), él, junto con Juan X prohibió el servicio religioso en el idioma popular, el idioma eslavo. Desde entonces el Papa romano, apoyado por las fuerzas ocupantes de Venecia, Austria, Alemania y Hungría impuso el catolicismo, el idioma y el alfabeto latino a los eslavos, dividiendo el conjunto unido eslavo en la parte oriental y la occidental. Lo mismo ocurrió a los eslavos que llegaron a finales del siglo VI a los Alpes orientales. Bajo la influencia de los bávaros fueron sometidos a la cristianización y al feudalismo; desde la época de los herederos de Ludovico el Pío (después de 843) hasta 1918 estas tierras suyas (Eslovenia) fueron parte integrante del Estado alemán y austriaco. Esa rama del pueblo eslavo —que se llama actualmente Eslovenia— ha sido sometida durante siglos a la asimilación y opresión nacional. Recién creado el reino de los serbios, croatas y eslovenos (1918), éstos adquirirán todos los derechos nacionales así como la identidad cultural.

El pueblo más numeroso entre los eslavos del sur —los serbios— también fue sacudido por esas escisiones religiosas y se inclinó a Bizancio aceptando la religión ortodoxa. Durante el período del emperador Dusan (1331-1355) el Estado serbio se hizo el más poderoso de los Balcanes y se adueñó de la parte cén-



trica de los mismos, Macedonia, Albania y Grecia del norte. Con la llegada de los turcos a los Balcanes (a finales del siglo XIV) desaparece dicho reino serbio y comienza el proceso de islamización de los Balcanes. A comienzos del siglo XIX, a través de las insurrecciones contra el imperio otomano, los serbios reanudaron su propio estado (1815) convirtiéndose en el centro que aglutinaba a todos los eslavos del sur en-

carnando sus aspiraciones por la liberación nacional del dominio de las grandes potencias vecinas (imperio austro-húngaro, Turquía, Italia).

Por consiguiente, la religión ejerció una influencia decisiva ya que los pueblos eslavos en los Balcanes no han sido constituidos como nación única pese a que tenían raíces comunes y la misma tradición cultural. El nacionalismo balcánico es de carácter religioso y la religión ha sido y sigue siendo causa principal de las discrepancias entre naciones. Es cierto que todos los movimientos nacionales en los Balcanes a finales del siglo XVIII empezaron por la creación de la intelectualidad nacional, la población urbana y la argumentación lingüística europea, pero han traicionado las metas de la secularización consecuente de la sociedad.

Dentro de este tipo de nacionalismo, por todas las penurias que el ciudadano sufre del propio gobierno, se acusa al pueblo de confesión diferente. De ahí surge el fuerte antilatinismo, antibizantismo, antiislamismo que se da en los enfrentamientos bélicos actuales en Yugoslavia. La iglesia católica siempre ha sido un obstáculo para que los pueblos yugoslavos se unifiquen en forma democrática y liberal, por miedo de que la vida social de los creyentes se le escape al control.

El renacimiento nacional entre los eslavos comienza a finales del siglo XVIII, tanto entre los que han vivido bajo el imperio Habsburgo (*Sacrum imperium*) como entre los que estaban bajo el feudalismo de Turquía. En los Balcanes el movimiento nacional empieza por los griegos seguido por los serbios. El movimiento nacional croata se atrasó con respecto al serbio y el esloveno se dio después del croata. El movimiento nacional búlgaro tomó vuelo después de 1830 y el macedonio y albanés justo después de 1878. Entre los últimos, se produjeron los movimientos musulmanes de los turcos y los albaneses. Nuevas capas sociales (medias y altas como la intelectualidad) fueron las creadoras de los primeros programas nacionales. En 1790 los serbios presentaron en la Asamblea de Timisoara el primer programa nacional (la llamada *Gravamina et postulata*, invocando a Montesquieu); el primer serbio que empleó la palabra «nacionalista» en el idioma serbocroata fue Dositej Obradovic en 1793. Este seguidor de la filosofía del racionalismo y la ilustración y de las reformas de Joseph II (josefinismo) comenzó la lucha para que el lenguaje popular de los serbios se hiciera literario. Argumentaba que el idioma es igual que la comunidad étnica y que los límites de ese idioma son a la vez fronteras de ese pueblo (independientemente del estado en que viva y de las iglesias a que pertenece). Así que Dositej escribió que los habitantes de Serbia, Bosnia, Croacia

(salvo el dialecto kaykavski que usan los campesinos al norte de Zagreb) Slavonia, Srem, Backa y Banat (Vojvodina actual) hablan el mismo idioma. El renacimiento nacional ha ido acompañado de la lucha por la estandarización del lenguaje literario popular y la divulgación de la red de escuelas y enseñanza del idioma. El dominio de la iglesia dentro del renacimiento nacional no ha sido puesto en duda y todos los esfuerzos de la cultura secularizada para definir la nación según las fronteras lingüísticas y de acuerdo con lo que en la conciencia era una vez el conjunto eslavo, contradice los motivos de la iglesia para perpetuar la mencionada escisión religiosa.

Este conglomerado religioso y nacional de los eslavos del sur se unificó por primera vez en un estado único en diciembre de 1918. Esta unificación fue el fruto de un largo trabajo previo y de la convergencia de la época del renacimiento del siglo XIX (al igual que en Europa, especialmente después de 1848). Sin embargo, el reino de Serbia y su dinastía jugaron el papel del Piemonte porque en la guerra 1914-1918 estuvo al lado de las potencias vencedoras y liberó todos los territorios de los eslavos del sur en los Balcanes (Eslovenia, Croacia, Dalmacia, Macedonia) de los siglos de la ocupación austro-húngara y turca.

Sin embargo, el llamado Reino de Yugoslavia, durante su breve existencia (fue ocupado en 1941 por Alemania y sus aliados) fue un caldo de cultivo para la perpetuación de los conflictos religiosos y los separatismos étnicos. En ese reino estaban muy preocupados la iglesia católica y los separatistas croatas porque temían al predominio de la iglesia ortodoxa y la dinastía serbia. En el nuevo Reino de Yugoslavia entraron los únicos dos estados soberanos eslavos del siglo XIX –Serbia y Montenegro– renunciando a la propia soberanía en favor de una nueva comunidad de todos los eslavos del sur.

En 1941 los separatistas croatas cumplieron su sueño –Estado independiente croata– obrando fervorosamente por la destrucción de Yugoslavia y aceptando la tutela de Hitler y Mussolini sobre el llamado Estado croata independiente-NDH. Fue un estado títere de Italia y Alemania en el cual el poder lo detentaban los oustachi –organización fascista de los separatistas croatas–. El líder de los oustachi fue Ante Pavelic. Durante su breve existencia (1941-1945) este Estado perpetró un genocidio inaudito contra los serbios. En los campos de concentración fueron asesinadas 800.000 personas, la mayor parte de las cuales eran serbios y judíos. Este genocidio sigue enturbianando las relaciones entre los serbios y los croatas. El nacionalismo extremo croata siempre ha gozado del apoyo del Vaticano, concretamente por la conversión forzada de los serbios a la fe católica en el período del estado independiente croata.

El Reino de Yugoslavia ha sido despreciado también por el Partido comunista de Yugoslavia (PCY), como seguidor fiel de la III Internacional (Comintern). Yugoslavia ha sido considerada como «el eslabón más débil» dentro del cerco capitalista de la Unión Soviética; a través de la destrucción de Yugoslavia, la URSS habría protegido su ala sur (creando una serie de pequeños estados soviéticos satélites en el marco de la Federación balcánica). Al PCY se le asignó la tarea de extirpar de Yugoslavia a Eslovenia, Croacia, Macedonia, Kosmet, Vojvodina. En aquel entonces en la dirección del PCY predominaban los cuadros de Eslovenia y Croacia. Ante el peligro de la Alemania hitleriana, el Comintern admite la sobrevivencia de Yugoslavia en forma confederal. El derecho a la autodeterminación y la separación se lo negaron únicamente al pueblo serbio.

En el lapso 1941-1945 en Yugoslavia se libró la guerra de liberación contra Alemania y sus aliados. Después de esa guerra, los comunistas yugoslavos salieron como vencedores, como el partido más fuerte; suprimieron la monarquía y constituyeron Yugoslavia socialista (la llamada «segunda Yugoslavia»). Desde 1945 hasta 1989-90 en Yugoslavia rigió el sistema monopartidista (con el Partido comunista en el poder). Yugoslavia se hizo federación con seis repúblicas (Eslovenia, Croacia, Serbia, Bosnia, Herzegovina y Macedonia). Fueron reconocidos como nuevos pueblos: macedonios, montenegrinos y musulmanes; las minorías nacionales obtuvieron todos los derechos políticos y culturales. Los serbios, aun siendo el pueblo más numerosos y pese a tener su propia unidad federal, seguirán dispersos por las demás repúblicas yugoslavas (particularmente en Croacia, Bosnia y Herzegovina, Montenegro y Macedonia).

Los 45 años de sistema autoritario, monopartidista (encabezado por Josip Broz Tito, de nacionalidad croata) produjo en Yugoslavia una crisis de legitimación, una profunda crisis política y económica. Debido a eso, la oposición exigió reformas democráticas. Asimismo, la oligarquía partidista comenzó a descomponerse en seis centros de poder en las distintas repúblicas. De esa manera, el Partido comunista (o la Liga de los comunistas) se ha ido transformando en seis partidos nacionales (de las seis repúblicas). La Constitución federal de 1974 convirtió de hecho Yugoslavia en una confederación, permitiendo a las oligarquías partidistas de las seis repúblicas constituirse como unidades independientes en términos económicos, políticos y jurídicos. Esta tendencia hacia la confederación convenía a las fuerzas nacionalistas aún presentes, que nunca dejaron de aglutinarse en torno a sus iglesias nacionales.

Eso convenía también al jefe del estado y partido yugoslavo Josip Broz Tito, porque aplicando el prin-

cipio «divide et impera» pudo preservar fácilmente el poder vitalicio. Con la muerte de Tito (1980) terminó la política oficial de «la unidad y fraternidad» entre los pueblos yugoslavos; comienzan las pugnas abiertas entre diversos grupos y movimientos nacionalistas. Los grupos que detentaban el poder dentro del Partido Comunista empezaron a recurrir al nacionalismo como arma segura de la propia legitimidad. En este sentido, primero en Eslovenia y Croacia (entre 1969 y 1972), fueron lanzados, por parte de los partidos comunistas, los programas comunistas de índole nacionalista y las demandas por la confederación y por la economía separada. La soberanía económica de las unidades federales yugoslavas fue dirigida contra el mercado unido yugoslavo.

Las primeras elecciones libres para los parlamentos de repúblicas en Yugoslavia (en el curso de 1989 y 1990) fueron marcadas por el triunfo de los partidos nacionalistas y cleronacionalistas (Eslovenia, Croacia, Macedonia y Bosnia-Herzegovina). Solamente en dos repúblicas (Serbia y Montenegro) ganaron expartidos comunistas (que actualmente se denominan como «socialistas»), pero ellos también están impregnados de cierta dosis de nacionalismo moderado. Todas estas elecciones se celebraron dentro de un fuerte sistema presidencialista, de un fuerte poder ejecutivo y el sistema electoral mayoritario. Nuevos líderes, poco tiempo después de asumir el poder, comenzaron a poner en práctica sus programas separatistas, sin vacilar ante enfrentamientos bélicos con el poder legal de la federación. Eslovenia fue la primera que se separó de Yugoslavia en 1991 tras provocar un conflicto bélico con el Ejército popular yugoslavo; en ese conflicto el ejército no quiso tomar parte y se retiró del territorio de Eslovenia.

Croacia siguió el ejemplo de Eslovenia, así como Macedonia y los musulmanes de Bosnia-Herzegovina. Las únicas repúblicas que desean la continuidad de Yugoslavia, como nueva comunidad democrática, son Serbia y Montenegro. Ellas se unificarán en el estado conjunto hasta junio de 1992. Asimismo, la población serbia de Croacia y Bosnia-Herzegovina anhela la continuidad de Yugoslavia. Esta nueva y tercera Yugoslavia se percibe como la solución más idónea para aglutinar en una comunidad la población mezclada étnicamente. Esto se refiere, en primer lugar, a los serbios, musulmanes (pero en buena medida también a los croatas y los albaneses). El verdadero problema de Yugoslavia es que en ella es casi imposible (salvo en el caso de Eslovenia) marcar las fronteras étnicas claras. La población está entremezclada, tanto en términos territoriales como, por los matrimonios mixtos, en términos étnicos (de los 24 millones de habitantes de Yugoslavia se calcula que 6 millones provienen de los matrimonios mixtos) de modo que

toda demarcación étnica pura sería irrealizable. Esto se demuestra particularmente en el caso de Bosnia-Herzegovina donde viven tres fuertes grupos étnicos (serbios, croatas y musulmanes) y donde un 30% de la población proviene de los matrimonios mixtos. Cada uno de estos tres pueblos desea crear su propio Estado, lo cual produjo una confederación o cantonización forzada de esta céntrica república yugoslava.

Los conflictos bélicos en Yugoslavia desencadenaron las políticas nacionalistas separatistas, incentivadas y respaldadas por tres confesiones principales (católica, ortodoxa e islámica) así como por las potencias extranjeras que aún no han renunciado a sus ambiciones imperiales en los Balcanes. Si Vaticano e iglesia católica, Alemania, Austria, Italia y Hungría no hubiesen prestado ayuda abundante a los separatistas de Eslovenia y Croacia, Yugoslavia habría permanecido como federación unida. Este conjunto de países pertenecientes al «Sacro Imperio Romano» utilizó la Comunidad Europea para cumplir sus ambiciones en los Balcanes. Las mismas ambiciones que tienen Albania, Bulgaria y Turquía, a través de sus minorías étnicas en Yugoslavia, con respecto a sus propias zonas de influencia, o sea, lograr la llamada Gran Albania, Gran Bulgaria y el primer estado islámico en Europa - Bosnia.

El ejemplo de Yugoslavia, así como de nuevos estados de la ex-Unión Soviética, demuestra que el sueño de los estados étnicos no ha desaparecido aún de

Europa. En Europa cualquiera puede invocar al pasado para justificar sus metas separatistas.

Sin embargo, este romanticismo nacional tardío en formas de nacionalismo extremo (que hoy en día se manifiesta hasta con genocidio) es regresivo en términos históricos, dado que engendra comunidades totalizadas de tipo cerrado basadas en la discriminación racial, religiosa y étnica. Se puede lograr la liberación nacional sin que ello sobreentienda la liberación democrática, civil, humana. El principio de autodeterminación nacional y de soberanía étnica conlleva el simulacro de la libertad (*simulacra libertatis*), conlleva el peligro de anular la autodeterminación individual y la soberanía del ciudadano-individuo. En ese caso la democracia cede lugar a la naciocracia y las pasiones nacionales substituyen a la vida democrática. La organización o la institución que su colectivismo abstracto recalca como el principio supremo -al desdén del individuo- independientemente de los pretextos ideológicos, siempre será una trampa para la libertad humana. Siendo un recurso de las fuerzas y movimientos autoritarios la nación, tal como dijo Denis de Rougemont en *L'aventure occidentale de l'homme*, siempre será «la enfermedad peculiar de Occidente»

Trivo Indic. Belgrado Conferencia dada en España en 1991

BALCANES: UNA PROPUESTA DE PAZ

Pacifistas y opositores procedentes de todos los países balcánicos acuerdan una plataforma de pacificación y denuncian las pretensiones anexionistas de los gobiernos de Croacia y Serbia y la neutralidad cómplice de los gobiernos occidentales.

A finales de agosto de este mismo año representantes de las organizaciones de oposición y de las minorías en las repúblicas de la anterior Yugoslavia se reunieron en Londres en una Conferencia de Paz para los Balcanes, en lo que era un foro alternativo a la Conferencia de Ginebra que, auspiciada por las Naciones Unidas, reunió a los representantes oficiales (o sea, gubernamentales) de los repúblicas en guerra.

Mientras en Ginebra se reunían los principales líderes belicistas de la guerra balcánica, en Londres lo hicieron

los representantes de los partidos y organizaciones pacifistas, que forman las minorías parlamentarias en cada una de las repúblicas y regiones autónomas de la antigua Yugoslavia. A la Conferencia de Londres acudieron la Liga de los Socialdemócratas de Voivodina, el Partido Reformista de Serbia, el Partido Social Liberal de Croacia, el Partido de los Parlamentarios de Kosovo, la Liga por la Democracia de Macedonia, el Foro de Oposición Montenegrino, asesores del gobierno de Bosnia-Herzegovina, el Foro Democrático de los Servios en Croacia, etc., es decir, una amplia representación de todas las posiciones políticas existentes en el territorio balcánico que buscan una solución pacífica a partir de la garantía de la convivencia entre los pueblos y culturas desde hace siglos asentados en dicho territorio.

De las intervenciones producidas durante la Conferencia de Londres se desprenden algunos elementos clarificadores para acercarnos a la comprensión de un conflicto que en la prensa occidental se ha presentado en su vertiente estrictamente espectacular (imágenes del exterminio y de los sufrimientos de la población civil) con el fin de legitimar la pasividad con que las potencias y ciudadanos europeos encaran la situación balcánica. Mientras se «deja hacer» a los ejércitos de Serbia y Croacia, se pone en marcha una pretendida ayuda humanitaria y de acogida de unos cientos de refugiados bosnios, siguiendo una política con dos efectos deseados: de un lado, tranquilizar las conciencias de los ciudadanos de Occidente, que encuentran una oportunidad para poner de manifiesto su buen corazón acogiendo a los «niños de la guerra» y, de otro, facilitar la tarea de la «limpieza étnica» acometida por las fuerzas armadas de Serbia y Croacia en Bosnia- Herzegovina.

¿Guerra étnica?

Que existan puntuales conflictos entre las comunidades musulmana, serbia, montenegrina, croata, albanesa (Kosovo), etc., no justifica en absoluto la reducción de la actual guerra balcánica a un conflicto étnico. Se ha pretendido mostrar la guerra como una consecuencia de no se sabe muy bien qué odios atávicos, repentinamente desatados, como si de buenas a primeras hubiera caído una maldición bíblica sobre los Balcanes y un sentimiento cainita se apoderase de las gentes. Sin embargo, como reconocía en la Conferencia, el bosnio Dražoljub Stojanov, «quisiera llamar la atención acerca de la errónea visión de los medios de comunicación cuando hablan de guerra étnica en Bosnia. No existe ninguna evidencia de esto. La verdad es más siniestra. Hemos convivido durante siglos e incluso los líderes serbios que trafican con la guerra tenían antes amigos musulmanes. Incluso ahora, los grupos étnicos conviven, lo que significa que una Bosnia unificada es posible».

Para los participantes en la Conferencia de Londres, la repartición del territorio de Bosnia-Herzegovina entre Serbia y Croacia se revela como una consecuencia del cambio estratégico operado por los gobiernos de ambas repúblicas. En un primer momento, algunos gobiernos occidentales (Estados Unidos) veían con buenos ojos la constitución de la Gran Serbia, como gendarme de una región (Balcanes) que hace de tapón entre Oriente y Occidente. Sin embargo, los intereses geoestratégicos de la CEE, con Alemania a la cabeza, se decantaron también desde el primer momento por el apoyo a Croacia. Ello condujo a la confrontación y, después de la guerra serbo-croata, en los Balcanes se consolidaron dos bloques de po-

der (Serbia y Croacia, mientras Eslovenia, por su proximidad a Europa, quedaba en seguida al margen de cualquier conflicto).

Después de Bosnia, Kosovo, Montenegro, Macedonia...

Ha habido pues un cambio estratégico en la medida que ahora, las potencias occidentales dejan que el proceso de resolución del «problema de los Balcanes» se realice por medio de dos agentes (los gobiernos de Belgrado y Zagreb), encargados de clarificar el mapa de la zona y de llevar acabo la ordenación de personas y territorios; o sea, lo que se denomina «limpieza étnica». A nadie de los presentes en Londres se le escapaba que el siguiente paso en el proceso de la guerra balcánica sería el estallido del conflicto en Montenegro, Macedonia o Kosovo, una vez que ambos gobiernos se hubieran repartido Bosnia-Herzegovina. De hecho, una solución pacífica de la actual convulsión existente en los Balcanes, podría realizarse, como señalaba Dragisa Burzan (Montenegro), por medio de un «nuevo tipo de integración del territorio yugoslavo, pero no será posible mientras permanezcan en el poder los actuales regímenes de Zagreb y Belgrado».

Guerra forzada

Que la guerra es rechazada por la mayoría de la población, independientemente de su origen, confesión, lugar de residencia, es otro de los aspectos puestos de manifiesto por los que concurrieron a la Conferencia de Londres. Por ejemplo, durante el conflicto serbo-croata sólo el 27% de los llamados a filas en Montenegro se integraron en el ejército. Además, subrayaba Nenad Kanak (Vojvodina), hay que «tener en cuenta que toda la economía de Serbia se encuentra en poder del Gobierno, es éste quien paga a los trabajadores», de ahí que quien no apoye la política belicista se vea abocado a la pérdida del empleo y a la miseria». También juega su papel la represión directa policial y militar; así, «solamente en Vojvodina, 106.824 personas fueron forzadas a ir al frente. Yo mismo me vi obligado a ir, como castigo».

Hasta ahora, el supuesto embargo practicado por las potencias occidentales a Serbia, sólo ha perjudicado a la población civil. El ejército serbio continúa proveyéndose de armas en el mercado internacional (bajo manga, las potencias no intervencionistas siguen vendiendo armamento) y mantiene su industria militar íntegra. No hay que olvidar que la mayor parte de la industria de armamento de la anterior República de Yugoslavia se encontraba en territorio serbio. Consecuentemente, sólo la desmilitarización de la zona y el

respeto de los límites territoriales existentes antes de iniciarse la guerra, así como la garantía de los derechos de las minorías regionales o étnicas contribuirán a hacer posible la paz, según se expone en las conclusiones de la Conferencia.

Además de las dos citadas, entre las diez propuestas para la pacificación de los Balcanes que aparecen en las conclusiones de la Conferencia de paz de Londres, cabe destacar, entre otras, la necesidad de conseguir el derecho a la libertad de expresión (los medios de comunicación están en manos de los gobiernos serbio y croata, que llevan a cabo una verdadera ofensiva de manipulación ideológica contra las minorías), la condena de la política de «limpieza étnica» y el establecimiento de un protectorado de las Naciones Unidas sobre Bosnia-Herzegovina que ayude a la reconstrucción del país. Por último, hacen un llamamiento a la ayuda en favor de los movimientos por la paz existentes en los territorios de las repúblicas balcánicas, que «son prácticamente desconocidos por la comunidad internacional».

CEE: neutralidad criminal

Un denominador común de las diferentes intervenciones a lo largo de los debates de Londres fue la referencia constante a la necesidad de una intervención internacional (de las Naciones Unidas y de la CEE), como elementos que contribuirían a garantizar la estabilidad de la zona. Es decir, sin la intervención activa en favor de la pacificación de las potencias occidentales, que ayuden a los movimientos pacifistas a desmantelar los aparatos militares dominantes en Serbia y Croacia, la paz no será posible.

No obstante, algunos de los asistentes no podían disimular su poca confianza en la contribución a la paz que pueda venir de la Comunidad Europea. Así Gjorgji Marjanovic (Macedonia), quien resaltaba el hecho de que Macedonia fuera la única república que había declarado la independencia por medios pacíficos, a pesar de lo cual no fue reconocida por la CE. De ahí que «tenga serias dudas acerca de la sinceridad de la CE a la hora de ayudar a encontrar una solución pacificadora para el territorio de la anterior Yugoslavia».

Las razones a esta actitud hay que buscarlas en las pretensiones que abriga Grecia sobre Macedonia. En este sentido, Nenad Pejic (Bosnia-Herzegovina), señalaba el incremento de las tensiones en Macedonia inducidas por presiones internacionales, «el pasado mes de marzo, 600.000 personas se manifestaron en Grecia contra el reconocimiento de la denominación de Macedonia para la nueva república, y algunos observadores creen que el gobierno griego utiliza el método de Milosevic (primer ministro serbio), consistente en crear tensiones étnicas para mantenerse en el poder».

Más claro en sus apreciaciones es el representante de la comunidad islámica en Tuzla (una ciudad bosnia que, a consecuencia de los refugiados ha visto pasar su población de 20.000 a 80.000 habitantes), Hasan Efenija Sphaic, cuando fue interrogado a propósito de la negociación emprendida por los representantes gubernamentales de Serbia y Croacia en Ginebra respondía: «nosotros no esperamos nada de las conversaciones de Ginebra, porque nada podemos esperar de las negociaciones con criminales de guerra. Occidente está siendo cómplice del genocidio llevado a cabo sobre los musulmanes».

La unánime condena del genocidio nazi y del exterminio planificado por el régimen de Pol Pot en Kampuchea, por no hablar de otras memorables epopeyas este mismo año conmemoradas, en el caso del genocidio perpetrado por las tropas regulares e irregulares de Croacia y Serbia en Bosnia-Herzegovina, no encuentra respuesta alguna por parte de los gobiernos democráticos de Occidente.

Si la sospecha que teníamos «desde fuera» era que la pretendida ayuda humanitaria y de acogida de refugiados es sólo la cortina de humo tras la que camuflar los intereses geoestratégicos de los gobiernos occidentales en los Balcanes, las aportaciones «desde dentro» de los participantes en la Conferencia de Paz alternativa de Londres vienen a confirmar el absoluto abandono de los pueblos balcánicos a la acción de exterminio acometida por los viejos jefes estalinistas (Tjudman y Milosevic, a la cabeza) que controlan el poder en Zagreb y Belgrado. La comunidad musulmana, como vemos, no se hace ilusiones acerca de la intervención occidental. Que nadie se sorprenda, pues, si el temor presente en la conferencia de Londres, según el cual después de Bosnia, serán Macedonia, Montenegro o Kosovo quienes se verán envueltos en la guerra, se convierte en una realidad.

Entre tanto, a pesar del embargo, en las gasolineras de Serbia no parece que existan mayores problemas para el aprovisionamiento de carburante. Tampoco existe problema alguno para que nos encontremos con un lujoso autobús cargado de felices turistas croatas en la Costa Brava, ni que en cualquier estanco de Barcelona nos vendan una caja de cerillas «made in Croacia». Pero, claro, esa es precisamente una demostración más de la neutralidad de las potencias europeas ante la «limpieza étnica».

(Este artículo ha sido elaborado a partir de los documentos de la Conferencia de Londres y otros materiales publicados por la organización inglesa Warreport).

LOS «TRAIDORES»: DESERTORES Y PACIFISTAS EN LA SERBIA DE MILOSEVIC

El monolitismo con que los media nos imponen la versión oficial de todos los acontecimientos a nivel mundial, se impone también en el caso de Yugoslavia. Hay sin embargo actuaciones que luchan por imponer el diálogo y la convivencia donde los intereses inconfesados e inconfesables del capital internacional han promovido la más absurda locura impulsando los siempre útiles nacionalismos, xenofobias, luchas religiosas, etc., apoyando a sus paranoicos representantes según convenga, ocultando las auténticas causas de un conflicto que quiere justificar la guerra contra el pueblo. Damos a conocer algunos párrafos de este artículo de Bogdan Uzeljnicki aparecido en Diciembre del 91 en *Les Temps Modernes*. En él se ofrecen algunos testimonios de miles de Serbios que se oponen a la masacre que sin duda también les alcanza a ellos, aún exponiendo sus propias vidas.

(...) «Ya en el mes de junio, desde los primeros enfrentamientos en Eslovenia, la irrupción de un millar de madres de reclutas en el recinto del Parlamento serbio mostró al mundo que la política de los dirigentes serbios estaba lejos de conseguir un apoyo unánime. Una encuesta realizada en agosto por el Instituto de Estudios Políticos de Belgrado mostró además que alrededor del 80% de los habitantes de Serbia se declaraban favorables a «preservar la paz por todos los medios», el 23% de entre ellos rechazando participar en una guerra que no creían la suya. Después del inicio de la guerra civil, esta desidia por combatir no ha dejado de manifestarse de modo informal: desde una sesión a puerta cerrada del Parlamento serbio, se reconoció también que solamente el 50% de los reservistas serbios respondieron a su orden de movilización, cayendo esta cifra al 15% en la capital.

A mediados del mes de setiembre hay otro fenómeno que preocupa a las autoridades políticas y militares: el de las deserciones colectivas desde el frente. De Kragujevac a Subotica, pasando por Kraljevo, Novi Sad, Smederevo y otras, raras son las ciudades serbias que no han conocido estas manifestaciones en el escenario desde hoy clásico: algunos días después de su partida hacia los centros de formación o hacia el frente, los reservistas cogen, colectivamente y sin autorización, el camino de vuelta, se concentran en la plaza principal o delante del ayuntamiento de su comunidad y exponen sus reivindicaciones. El número de aquellos que los medios oficiales se han apresurado a

calificar de «cobardes» y de «traidores» puede rondar los ochenta, como en el caso de los conductores de tanques de Uzice, hay varios miles en el caso de Kragujevac y Valjevo.

El caso de Valjevo se convirtió en ejemplar de la primera oleada de deserciones colectivas que en setiembre afectó sobre todo las comunidades de la Seroja interior. En efecto, importante lugar de la tradición insurreccional y militar serbia, Valjevo se convirtió, por una aparente paradoja, en el lugar del más importante y del más clamoroso movimiento de deserción colectiva: enviados al frente de Eslovenia oriental, más de 3000 reservistas regresan entre el 24 y 27 de setiembre, denunciando en desorden las malas condiciones materiales y la falta de preparación militar, la incapacidad e incluso las «traiciones» de ciertos oficiales, los bombardeos a ciegas de la armada federal sobre sus propias tropas, la «guerra-sucia». Algunos días más tarde, otros 600 reservistas de Valjevo abandonan a su vuelta sus unidades emplazadas en Herzegovina, rechazando participar en «una armada de agresión», y denunciando en los puestos de la armada «las personas extremistas y enloquecidas que juegan a Rambo y disparan sobre las mezquitas».

(...) «Aunque estas diferentes reivindicaciones a menudo no son más que el «parapeto» de estrategias individuales de supervivencia, no han venido a menos convirtiéndose poco a poco en una cuestión central en la vida política serbia. Han forzado a los representantes del poder a precisar sus verdaderos objetivos de guerra: se ha visto por tanto a Dragan Dragoljovic, ministro del gobierno serbio, explicar a los desertores de Valjevo que «nosotros decimos constantemente que Serbia no está en guerra con Croacia, pero el pueblo serbio sí lo está. Nosotros no podemos decirlo ya que para la opinión pública mundial Serbia sería el agresor (...) Es por ello que Serbia no puede tener su ejército, o que lo tiene a través de la Armada Popular Yugoslava. Lo que tiene de peligroso el dejar su unidad es que otros podrían sentirse alentados, decir que los serbios no son lo que eran, y entonces los musulmanes y los albaneses se sublevarían». Del mismo modo las deserciones colectivas han forzado a los partidos de oposición a salir de su mutismo, y vimos a Vuk Draskovic, líder del muy nacionalista Movimiento Serbio de Renovación (SPO), escribir en una carta al general Tomislav Simovic, ministro serbio de la defensa: «Esta guerra, que vosotros imponéis a Serbia,

no es como vosotros la llamáis una guerra ‘para la salvación y la gloria’. Es una guerra de auto-destrucción(...). Nosotros sabemos muy bien que vuestros únicos objetivos de guerra son el aniquilamiento del SPO y de la oposición democrática de Serbia, el mantenimiento de vuestro poder y de vuestros privilegios, sin considerar el precio pagado en vidas humanas».



La huida, del álbum Danse macabre, de Frans Maserel

‘Todos huyen hacia la muerte’

Pero como esta carta de Vuk Draskovic, fechada el 24 de octubre, no tuvo como resultado concreto más que una grave crisis interna en el SPO y la ruptura más a menos abierta de este partido con su propia formación paramilitar, la «Guardia serbia», la primera huelga de deserciones colectivas no ha impedido al ejército disponer de efectivos suficientes. Esta no ha hecho más que ilustrar y acentuar la pérdida de cohesión y autoridad en el seno del ejército: la marcha de numerosos oficiales eslovenos y croatas, el rechazo de las Repúblicas «secesionistas» de enviar sus reclutas, la alternancia de alto-el-fuego y de oleadas de violencia, y finalmente la multiplicación de formaciones paramilitares han provocado un desorden del que las deserciones no son más que un aspecto.»

(...) «Estos primeros signos de endurecimiento de las autoridades militares no han impedido, a partir del inicio del mes de no-

viembre, que una segunda huelga de deserciones colectivas atravesase Serbia. La ironía del destino quiere que esta segunda huelga haya sido provocada por aquellos mismos que, en setiembre, habían respondido a las órdenes de movilización: en efecto, después de cuarenta y cinco días o más pasados en el

frente, son numerosos los reservistas movilizados que han exigido ser relevados como prevén los reglamentos militares, abandonando después las primeras líneas por propia iniciativa. Si sus casos han sido resueltos generalmente sin demasiadas dificultades, la movilización de sus «sustitutos» ha provocado, naturalmente, una nueva ola de protestas y de deserciones colectivas. Esta vez sin embargo, ha sido ante todo la provincia autónoma de Voivodina la afectada, y en particular las comunidades donde la población es mayoritariamente húngara. Igual que Valjevo se convirtió en el símbolo de los acontecimientos de setiembre, los municipios de Senta y Ada se encontraron estas últimas semanas en el centro del movimiento de resistencia a la guerra. En Senta en efecto, el 5 de noviembre, surgieron las primeras manifestaciones de reservistas, acompañados de sus parientes y amigos. Los días siguientes, estas manifestaciones se extendieron a Ada, Becej, Temerin y Subotica, municipios donde la minoría húngara de Voivodina está fuertemente representada. Pero aquí radica la originalidad de los acontecimientos de Voivodina, no son tanto sus características

nacionales –Húngaros y Serbios se encuentran igualmente mezclados– sino su rápida politización. Por una parte, contrariamente a los desertores de la Serbia interior, los desertores de Voivodina obtuvieron el apoyo sin ambigüedades de ciertos partidos de oposición, la Liga de los Social-demócratas de Voivodina y la Unión Democrática de húngaros de Voivodina en particular. Por otra parte los manifestantes pidieron a su Ayuntamiento organizar referéndums locales sobre las siguientes cuestiones: «1.- ¿Aprueban vds. esta guerra? ¿Están vds. de acuerdo en que nuestros ciudadanos participen? ¿Están vds. de acuerdo en que los ciudadanos movilizados a la fuerza, los que se encuentran en el frente o en los centros de entrenamiento contra su voluntad, vuelvan inmediatamente a casa?».

Junto a la amenaza de una resistencia a la guerra estructurada y politizada, las autoridades políticas y militares reaccionaron con mucho más vigor que en ocasiones precedentes. Los referéndums previstos en Senta y en Ada se declararon inconstitucionales, muchos miembros de «comités de crisis» constituidos en los mismos municipios fueron inculcados y encarcelados. Sobre todo, el 7 de noviembre, el líder de la Liga de los Social-demócratas, el cantante serbio Nenad Canak, arrestado por la milicia, fue enviado a las autoridades militares que le notificaron enseguida su movilización. El se encontrará actualmente en el frente de Eslovenia oriental, en una unidad... de [v]oluntarios! La represión y las amenazas que se lanzan sobre los municipios de Senta y Ada acabaron con el movimiento de protesta que había nacido; pero contribuyó sin duda a acercar los movimientos espontáneos de deserción y de protesta a algunos movimientos pacifistas que existen en Serbia. La idea de un referéndum sobre la guerra, por ejemplo, ha sido retomada y popularizada por los grupos pacifistas de Becej y Pancevo, que intentan reunir las cien mil firmas necesarias para la organización de un referéndum por iniciativa popular a nivel de la República. La incertidumbre en cuanto a la suerte de Nenad Canak ha hecho de capitán Araña en la oposición que ve en su rapto uno de los «índices serios de la escalada del terror» contra la oposición interior en Serbia.

«El miedo a la represión supone por lo demás la unión más tangible entre los desertores que se cuentan por millares y un movimiento pacifista en el que el número de militantes se limita sin duda a algunas centenas.» (...) «El Centro de Acción Anti-guerra, constituido el 15 de julio y presidido por Stojan Cerovic, periodista en el semanario independiente *Vreme*, reagrupa también esencialmente a militantes salidos, bien de las primeras estructuras disidentes de la Yugoslavia pos-titista como el Comité Helsinki o la Iniciativa Unificada por una Yugoslavia Democrática (UIDJ), bien de algunos grupos feministas y ecologistas existentes en Serbia».

En su manifiesto de constitución, el Centro declara partir «de la convicción de que no existe mayor mal que los sufrimientos de la guerra que sobrevienen del hecho de que la troika de los líderes nacionales –Tudman, Milosevic y Kucan– ha rechazado acordar una resolución pacífica de la crisis yugoslava. ¿Por qué debemos pagar su cólera y su incompetencia, al terrible precio de vidas humanas, de destrucciones de la

guerra, de miseria y de corte con Europa y el mundo desarrollado? Frente a tales gentes y gobernantes, no estamos obligados a respetar sus ‘leyes’ ni sus reglas de juego. Ellos no nos aportan nada más que el mal y la infamia generalizada. Sus proyectos nacionales son erróneos ya que nos arrastran a una guerra sucia. Nosotros representamos lo que no es guerra, a todos los que saben que en los Balcanes no pueden constituirse Estados sobre bases étnicas, ni al precio de los más grandes sacrificios». Y anuncia a continuación su voluntad de organizar «una ayuda jurídica a los que rechacen la llamada y la movilización para la guerra civil», «la defensa de la objeción moral de aquellos que rechazan llevar y hacer uso de las armas», «manifestaciones por la paz, conciertos por la paz y todos los demás medios de promoción de la paz», «la apertura de procesos judiciales contra los que violen las normas humanitarias y las convenciones internacionales».

(...) «Tanto si los recientes acontecimientos de Vojvodina permiten presagiar un posible acercamiento entre desertores y pacifistas, la brecha que los separa es inmensa. Es sorprendente constatar que, frente al horror y a la absurdidad de la guerra yugoslava, los desertores se debaten por sobrevivir físicamente y los pacifistas por sobrevivir moralmente. El fenómeno de las deserciones colectivas traduce una resistencia de las identidades locales, populares, frente a la presión de una identidad nacional ‘belligerante’. Sin poder decir que un ‘movimiento de los Ayuntamientos’ ha sucedido al ‘movimiento de madres’ del mes de junio, parece que a menudo, las autoridades locales juegan, con agrado o a la fuerza, el papel de defensores o de intermediarios cara a cara con las autoridades militares. En Pozega donde las autoridades locales rechazan el atender a los desertores, éstos cercaron el Ayuntamiento con las armas en la mano. En Kosjeric, destituyeron al alcalde y nombraron en su lugar a un capitán de la reserva, desertor. Los pacifistas provienen de los grandes centros urbanos, y temen menos ser arrancados de su pueblo que ser separados de Europa, del único pueblo que ellos conocen: la ‘ciudad planetaria’ querida por John Mac Luhan. Es sin duda por esto que, marcados como traidores y excluidos de una Serbia homogeneizada y militarizada, desertores y pacifistas siguen perteneciendo a dos Serbias que se ignoran y no pueden tener la suerte de encontrarse».

Bogdan Useljenicki

Sacado de: *Les Temps Modernes*, dic. 1991



DESERTORES Y SOLDADOS EN CROACIA o ¿cómo se puede ser pacifista en un país en guerra?

Con ocasión del Día Internacional de la Objeción de Conciencia, la DFG-VK (sección alemana de la Internacional de Resistentes a la Guerra) publicó un anuncio contra la guerra en los periódicos de Europa y de las Repúblicas ex-yugoslavas. El anuncio urge a las personas a ¡parar la guerra! y a ¡negarse a participar en ella! Solicita de las autoridades serbias y croatas una amnistía para todos los que se han negado a ir al servicio militar, evitado la movilización o desertado y para que no se envíen más órdenes de incorporación. Llama a rechazar cualquier tipo de participación en la guerra, considerando esta negativa como un medio efectivo para pararla.

Pero, ¿es eso verdad? El texto del anuncio provocó amplios debates entre los miembros de la Campaña Croata Contra la Guerra. La primera de sus observaciones era que el texto no podía considerar de igual forma al país agresor (Serbia) y al país atacado (Croacia). Pero esa explicación es complicada y podría llevar el debate en la dirección equivocada.

El meollo de esta incompreensión se me hizo evidente cuando me puse en la piel de los que habían puesto el anuncio. Ellos percibían la guerra como algo que se desarrollaba allá en el frente entre dos ejércitos que se agredían mutuamente. Creen que los líderes políticos inician las guerras en base a sus propios intereses y que manipulan o utilizan la fuerza bruta para lograr sus objetivos. De ahí que la gente normal recibía las órdenes de incorporación.

Así es exactamente como perciben la guerra las gentes de Serbia, especialmente en Vojvodina. La guerra se desarrolla en tierras extranjeras y Serbia no está amenazada en sí misma. Hay muchos desertores y se manifiestan públicamente. Para ellos el dilema ético de cómo actuar ante la guerra se resuelve con sencillez.

La guerra no llega por invitación

Para una mayoría de los croatas, esta guerra es algo diferente. No son llamados a ella sino que más bien la guerra se ha autoinvitado a sus ciudades y hogares. La guerra fue precedida por una década de creciente crisis: declive económico, parálisis social, crisis de legitimidad del sistema vigente, anomía social, conflictos entre las facciones de la elite gobernante, crecimiento

del nacionalismo y de la desconfianza hacia las personas de otras etnias, una retórica creciente en el discurso de los líderes políticos, manifestaciones y dictadura en Kosovo, enfrentamientos interétnicos aislados, compra de armamento, tendencia a quebrar la anterior coexistencia con gentes «hostiles», más y más incidentes interétnicos...

Las primeras llamadas a filas se produjeron en Serbia, ya en 1987. A partir de 1989 muchos políticos llamaban alegremente a la guerra. En Croacia, en las elecciones de 1990, se hizo con el poder la Unión Demócrata de Croacia (HDZ) y comenzó a imponerse un sistema de poder autoritario. En las lúcidas palabras de un destacado miembro de la oposición, el sistema de Croacia no es chauvinista y no tiene nada en particular contra los serbios: más bien, se «irrita» ante cualquiera que sea «diferente». Aunque el régimen croata no haya sido tan agresivo como el serbio, también ha aceptado la lógica de la violencia como el medio normal para resolver los problemas.

Pensar que no llegaría la guerra

Inicialmente todos sabíamos que la situación era mala y que habría violencia con pérdida de vidas humanas. Pero nunca pensamos que se convertiría en una guerra. Pensábamos que sería una situación como la de Irlanda del Norte, o Córcega, o entre los negros de EEUU, donde la violencia está siempre presente pero la vida continúa.

Es al llamado «Ejército Popular de Yugoslavia» a quien tenemos que culpar principalmente de que esa situación haya finalizado en guerra. Debe cargar con la responsabilidad de esta terrible e insensible destrucción. Directa o indirectamente es el culpable del 90% de las muertes y del 99% de la destrucción material de Croacia. Y lo mismo se aplica a Bosnia-Herzegovina. Desde el principio armó y protegió a un bando: los rebeldes serbios y los extremistas venidos desde Serbia. Desde mediados de 1991 ha estado abiertamente de su lado y desarrollado una ofensiva contra Croacia.

A partir de ese momento, la situación cambió drásticamente. Algunos jóvenes croatas salieron del país evitándose así los horrores que han pasado a convertirse en parte de nuestras vidas. Muchos de los que

se fueron no pueden entender cómo dos o tres meses más tarde algunos de sus amigos participan en el ejército e incluso se han unido a él voluntariamente.

El agresor llegó a Croacia, destruyendo a su paso sin lógica militar alguna (un objetivo militar «lógico» hubiera sido apropiarse de las cosas, no destruirlas). Dijeron que Vukovar era una ciudad serbia y procedieron a demolerla.

El agresor destruye las casas, las industrias, iglesias, bibliotecas. Se emplea a fondo en la «tierra quemada» para «limpiar el terreno» de croatas y otros no-serbios. Hoy apenas hay croatas en los territorios ocupados: 300.000 han sido obligados a huir.

Cara a cara con la maldad

Nos hemos encontrado cara a cara con el terror, la locura, con una maldad concentrada. Si fuera religioso, hablaría del Diablo y tal explicación me lo pondría más fácil. Para explicar esta situación a gentes foráneas empleo la analogía de los polacos y alemanes en la II Guerra Mundial. El régimen polaco era odiado y autoritario, pero fue una broma comparada con el alemán nazi. Cuando Hitler invadió Polonia estaba claro quien era el agresor. La Europa demócrata se levantó en defensa del país atacado y los polacos que hasta entonces se oponían al régimen (por ejemplo, los comunistas) se convirtieron en encendidos patriotas.

Los croatas no fueron «reclutados» para luchar, la guerra se les vino encima. Las bombas empezaron a caer sobre sus hogares, las vidas de sus amigos y familiares estaban en peligro. En los críticos meses del verano de 1991 las tareas más duras de la defensa fueron asumidas por gente que se autoorganizaba ante el peligro cercano. En Vukovar, por ejemplo, muchos ciudadanos de bien gastaron su dinero para comprar varios miles de rifles automáticos y otro armamento que les sirvió para defenderse durante tres meses. Este es un extracto de «Un hombre de Vukovar: la historia de un veterano», la transcripción de una entrevista a una persona que sobrevivió el enfrentamiento publicada en *ARKȃin*, 5/6 (mayo 1992): «Creíamos que no teníamos amigos, ni en Zagreb ni en ninguna otra parte. Todos sabíamos que estábamos solos. Y Zagreb era tan culpable de ello como el enemigo. Las únicas fuerzas cercanas eran los agresores chetniks. Por lo que te puedes imaginar lo que pensábamos de aquellos que no nos enviaban armamento antitanques, incluso después de que nosotros hiciéramos cuestaciones públicas para comprar alguno. Durante más de un mes defendimos la ciudad gateando hasta sus muertos sólo para recoger algo de munición».

La primera llamada a filas y los paramilitares

El Estado era un caos y el reclutamiento en serio no comenzó hasta el otoño. Y las tropas Regulares croatas

no fueron creadas hasta comienzos de 1992. Alrededor del 30% de los reclutados se negaron a ello. Eran tiempos que no favorecían persecuciones ni represiones en masa. Continuaban existiendo cuerpos armados irregulares, como el HOS (el brazo armado del Partido Croata de la Derecha, HSP).

Era tal la situación que muchas personas contrarias a la guerra y críticas hacia las autoridades cambiaron su postura e ingresaron en el ejército. Lo que no significa que necesariamente cambiaran sus convicciones. No cogieron las armas para luchar por grandilocuentes palabras y eslogans, sino en defensa de sus allegados. Mi buen amigo Deni lo expresaba muy bien en su artículo «Cómo maté a dos hombres» en *ARKȃin* 4 (febrero 1992): «Estoy luchando de parte de Croacia: no para defender el territorio, ni por alguna nueva forma de democracia, ni por un líder o bandera, ni por odio. Me fui voluntario a la guerra desde los ideales humanistas en los que he sido educado (¿puede ser humanista un soldado?), por todos aquellos que han sido brutalmente atacados, perseguidos, asesinados y masacrados, por todos los que gritan y sufren a causa de esta guerra. Y también por aquellos del otro bando –Serbia, Bosnia-Herzegovina y Montenegro–, que han sido obligados a esta guerra para quemar y matar y que no merecen otra cosa que compasión».

Deni se define como «croata por sangre, yugoslavo y cosmopolita por convicción y comunista desde el simbolismo de la estrella de cinco puntas». Le he conocido durante cinco o seis años, un joven que trabaja y lucha por los derechos de los trabajadores. Es un comunista igual que lo eran los líderes de los trabajadores en los viejos tiempos. Lleva en el ejército desde hace ya bastantes meses y hace ya varios que no tengo noticias de él, no sé si está aún vivo.

Enfrentarse al terror y la locura

Hemos tenido que enfrentarnos al terror y a la más absoluta locura. Quizás en un primer momento hubiera sido posible cambiar las cosas sin ofrecer resistencia armada, pero ahora es simplemente imposible. Hoy, en el ejército croata te puedes encontrar con personas que dicen de verdad que son pacifistas. De hecho, los ideales de paz a veces se entienden mejor allí que en las estructuras del poder político.

El frente más cercano a donde vivo está en el río Kupa a 30 o 40 kms. de Zagreb. Las líneas de autobuses de cercanías de Zagreb te dejan a unos cientos de metros del frente. ¿Es correcto llamar a gritos a los soldados que están allí en posición defensiva para que «dejen de participar en la guerra» cuando sé que en el otro lado del río las poblaciones croatas han sido arrasadas y los refugiados saturan los hoteles, hostales de juventud y polideportivos de Zagreb desde hace ya bastante tiempo?

En esta tragedia cada cual tiene que hacer su propia elección existencial. No hay principios éticos generales que nos digan lo que hay que hacer en tales situaciones. Todos tendremos que responder en conciencia por lo que hagamos o dejemos de hacer, nadie es «inocente». Este es el ámbito donde concibo la tarea más importante para los pacifistas de Croacia hoy: convencer a la gente de que la locura, los horrores de la guerra y las fuerzas del mal no están sólo al otro lado, como si el fascismo no hubiera existido en Alemania e Italia. Tenemos que enfrentarnos a la maldad que hay en nosotros y crear un nuevo concepto de unidad desde el que podamos vencer a esa maldad.

¿Nos hemos convertido en animales salvajes?

Como decía el veterano de Vukovar: «Todos nos hemos convertido en animales salvajes en esta guerra. Tanto ellos como nosotros. Quizá más ellos porque han tenido más con que alimentar su locura y se han dejado llevar por una obsesión más sistemática. Pero nosotros deberíamos tener cuidado: esta no es una guerra de serbios contra croatas, ni de Serbia contra Croacia. Por lo menos en Vukovar no lo era. Entre los que estaban de nuestro lado había serbios, gente corriente de nuestras calles que luchaban contra los agresores serbios porque comprendían que los atacantes querían destruir Vukovar y todo lo que encontraran».

Él está convencido de que su lucha es justa pero no se ha convertido en un fanático. Al final de la conversación, cuando le preguntaban: «¿Y qué es de Dios? ¿No dicen que esta es también una guerra religiosa?»,

él contestaba después de dudar algo: «Después de todo lo que he hecho, nunca podré ser perdonado».

El autor del texto de *ARKzin* dice del hombre de Vukovar: «Lo más escalofriante de todo es que era una persona perfectamente normal. Una persona normal que tendrá que vivir con tan terrible dilema. La locura está en todos nosotros y tendremos que enfrentarnos a ella, porque sino nos destruirá y nos hará iguales a los que nos han atacado, gentes que merecen compasión. Los síntomas de esta enfermedad son visibles en Croacia desde hace unos meses. Los que están convencidos de tener razón y convencidos de saber distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Son las personas normales, pacifistas y veteranos de guerra, los que tendrán que vivir con la duda.

Una evidencia de que esta enfermedad ha afectado a los que están en el poder es, por ejemplo, que este artículo no ha podido ser publicado en Croacia. Lo mandamos a *Danas*, el semanario supuestamente independiente y progresista, pagamos por adelantado para que fuera incluido, pero nunca fue publicado porque no contó con su aprobación. En Belgrado apareció en el semanario independiente *Vreme*. Ahora en Croacia, los últimos reductos de medios independientes han sido suprimidos (como el diario *Slobodna Dalmacija*) y nadie puede albergar duda alguna sobre lo que se hace en el país. Nuestra lucha acaba de empezar.

Zaran Ostric. Centro por la Paz, la No violencia y los Derechos Humanos de Zagreb

(Artículo remitido y traducido por el Equipo Internacional de KEM- MOC)

ARMAS, DROGAS Y... ¡ÓRGANOS!

¡Este es el nuevo comercio interior y exterior de la ex Yugoslavia! La denuncia fue hecha el 7 de marzo en el Deutsche Institut de Trieste por Sura Dumanic, periodista de Fiume. Nadie la toma en cuenta: silencio en la prensa y la televisión, a pesar de la nutrida presencia de los mass media.

Pocos días después, en una sede de ACLI, se realiza un acto público con la organización humanitaria «Médicos sin fronteras». Intervienen tres jóvenes médicos franceses provenientes de la ex Yugoslavia. El público es más bien escaso y, en su mayor parte, compuesto por personas afines a los trabajos de la institución. De la conferencia se desprende una escasa cola-

boración del cuerpo médico ex yugoslavo, así como la existencia de numerosos obstáculos puestos por las autoridades, además de la hostilidad abierta de los militares, hasta tal punto que las ambulancias de «Médicos sin fronteras» están en la mirilla de los fusiles y en una ocasión mataron a dos médicos. A la pregunta sobre las razones de un comportamiento tan extraño, los conferenciantes respondieron que se debe a su neutralidad, que los combatientes no admiten, exacerbados a causa de la propaganda.

En ese momento se me ocurrió preguntar si ellos sabían algo acerca de la denuncia sobre el tráfico clandestino de órganos. La pregunta cayó en la sala como

un jarro de agua fría. Percibí murmullos hostiles y miradas irónicas. Por fin responde uno de los médicos franceses: «No hemos sido nosotros». A continuación hubo aplausos y risas. ¡Sin querer había chocado con el espíritu de casta de estos Solones! Después, continuó argumentando de la manera siguiente «Es impensable que semejantes operaciones se lleven a cabo en el frente y, de todos modos, hay que desconfiar de los periodistas». Satisfacción general en la sala y continuó la cosa, como si nada hubiera pasado con la discusión, un tanto estúpida. En absoluto satisfecho, retomo la palabra para subrayar que Novi Sad, donde se dio muerte a dos jóvenes turcos a quienes se les extirparon diversos órganos, no está en el frente; y que el cadáver de otra joven turca, muerta mientras atravesaba Slavonia, fue devuelto a su familia con varios órganos internos extirpados. Tuve que gritarlo

porque el público se impacientaba y no me dejaba hablar. Estaba aguantando la fiesta. La respuesta, dada con una ulterior sonrisa, fue: «Si es cierto, demuestra la maldad que puede alcanzar el hombre».

Salí asqueado. No sabía qué pensar. No dudaba del sentido humanitario de la iniciativa antes de mi intervención. Ahora no estoy seguro de nada. ¿Por qué tanta hostilidad? ¿No habían puesto de relieve ellos mismos el sectarismo de los médicos nacionalistas? (¡Recordemos que el jefe de los chetniks serbios de Krajna, Babic, era cirujano!). Me queda la duda sobre el motivo de tanta superficialidad, ironía y presunción.

Fabio.

(Extracto de conversación traducido de la revista italiana *Germinal*)

MANUAL DE SUPERVIVENCIA EN TIEMPOS DE PAZ CROATA

¿Hay vida antes de la muerte? Esta adivinanza romana, sacada de la antología comunista del humor negro, me ha venido recientemente a la memoria y por primera vez me ha hecho reflexionar. —No hay, dice mi madre con aire decidido, sólo hay supervivencia—. En Croacia, el verbo *sobrevivir* ha reemplazado completamente al de *vivir*. ¡Si al menos logramos sobrevivir!, suspira mi vecina. ¡Lo esencial es estar vivo, sobreviviremos de una u otra forma!, dice uno de mis amigos. ¡Para los tiempos que corren, lo importante es sobrevivir!, concluye con vivacidad la Sra. Michelina. Ella ha sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial, a la primera Croacia independiente, a la Yugoslavia comunista, a la segunda Croacia independiente, a la nueva guerra, por lo tanto probablemente sabe lo que se dice.

Para descubrir lo que es sobrevivir, el hombre debe permanecer vivo. Si sus próximos también están vivos, si tiene un techo sobre su cabeza y si ha logrado vencer la tentadora idea del suicidio, entonces el ciudadano del estado independiente e internacionalmente reconocido de Croacia puede en lo sucesivo ocuparse en sobrevivir en tiempos de paz.

Lo más importante es que no te pongas nerviosa y que no comas carne de cerdo, dice mi madre.

Después de una estancia de muchos meses fuera de Zagreb, dispuesta a enfrentarme al hecho de sobrevivir, presto oído a todos los consejos.

—¿Por qué?, pregunto

—Porque se cuenta que los carniceros encuentran cadenas, anillos y coronas dentarias de oro en los cerdos que degüellan, dice mi madre con aire de conspiración, después añade con gran calma:

—De todos modos, yo no como carne.

—¿Porqué?

—Porque es muy cara.

—La gente que se dispone a sobrevivir son una especie de bribones. Cuando una se encuentra por una serie de circunstancias en un asilo de locos ¿no es cierto que es más recomendable adaptarse y aceptar la locura como una nueva norma de comportamiento que actuar según la lógica del mundo exterior? Es precisamente esta capacidad de adaptarse lo que hace de la gente que practica la supervivencia una especie aparte.

Una persona resuelta a sobrevivir tiene necesidad, me parece, de tener sus documentos de identidad en regla, ellos atemperan la sensación de vivir en el lim-

bo y permiten tomar la decisión de desplazarse, hacia arriba o hacia abajo. Después de horas y horas de cola para obtener el documento más elemental, el carné de identidad, llego por fin a la ventanilla.

-¿Pertenencia nacional? - ladra la empleada.

-Sin pertenencia, respondo.

-¡Eso no existe! - ladra ella.

-Supongo que debe tener un apartado «otra».

-No, diga lo que es y deje de fastidiarme, dice la empleada dirigiéndose ahora a la gente de la cola, exactamente como en los manuales soviéticos del saber vivir totalitario.

-Seguro que es serbia y tiene miedo de reconocerlo, comenta alguien detrás mío.

-¿Es serbia? pregunta la empleada.

-Soy a-nacional. Sin determinar, digo para ser más clara.

-¿Cómo puede ser indeterminada en esta guerra? aúlla la empleada.

-No es frente a la guerra que soy indeterminada, sino en el apartado «Pertenencia nacional».

-Diga que es croata y la dejará en paz, cuchichea un alma buena a mi espalda.

-No puedo, digo: En tanto que los ciudadanos de este Estado estén *ad hoc* en el plano político, social o humano según su pertenencia nacional, rechazo ser reducida a una identidad de sangre, sea lo que sea, digo para explicar mi posición a ese bravo hombre, ufana de haber encontrado una argumentación tan afortunada.

-Sabe, tengo un amigo, serbio, que se ha declarado como gitano. Diga que es gitana, OK., insiste para ayudarme.

-Soy «otras» «others» grito alrededor, queriendo darle peso a mi declaración. Dios sabe porqué, gracias al inglés.

-¡La gente espera y usted creando problemas! Voy a inscribir su «otras» y vaya al diablo! Grita la empleada dirigiéndose de nuevo a la cola y yo logré obtener mi carné de identidad, tan útil, donde se testifica que a partir de ahora soy ciudadana croata.

Pronto recibiré también mi nuevo pasaporte. Después de la jornada de espera que he pasado sentada en una cola interminable y sinuosa, donde nos levantábamos a cada instante para avanzar una silla, ese pasaporte croata será particularmente amado por mi corazón. Ese documento azul oscuro con su emblema rojo y blanco (coca-cólico) no hace más que confirmar que he nacido allá donde he nacido, pero la lucha obstinada que he llevado para conseguirlo hará que lo quiera como si fuera un pasaporte

luxemburgués... ¡Salvo que, a diferencia de un ciudadano de Luxemburgo, franquearé gracias a él las fronteras en tanto que «otras»!

Dado que no soy una refugiada y que aún tengo un empleo, mis posibilidades de sobrevivir en tiempos de paz están considerablemente aumentadas. Distribuyo escrupulosamente mi salario entre el pan y la leche. No pago ni el alquiler, ni la electricidad, ni la calefacción, ni el teléfono. No compro el periódico, que no echo mucho de menos. No como carne. En lugar de frutas y verduras picoteo vitaminas americanas. Tengo para un año. He dado mi ropa a los refugiados. La polilla se ha cargado las prendas más delicadas.

Prácticamente no tengo ninguna necesidad de calzado pues no voy a ningún sitio. En lugar de productos cosméticos utilizo lo que me queda de aceite de oliva natural de Dalmacia que compré el año pasado al viejo Bino en la isla de Brac. He aprendido a no compadecerme. Hace unos días, sin embargo, me presenté ante una vecina –no puedo ni comprarme crema– he dicho, he aquí a lo que hemos sido reducidos, a máscaras de aceite de oliva.

-Es afortunada de estar viva, tener un techo sobre la cabeza y de no estar lisiada. Imagínese un poco que hubiese combatido en el frente y que se encontrase ahora en una silla de ruedas, dice mi vecina con aire severo.

-Dios mío, es cierto...

-¿O le gustaría, quizás, que Milosevic tomase el poder aquí? dice mi vecina con voz terrible pegando su cara contra la mía.

-No, no, nada de eso... digo.

-Y que esos terribles serbios la violen y la torturen en los campos. ¿Es eso lo que quiere? grita mi vecina exaltándose más y más.

-Eso sería horrible..., digo sintiendo como tiembla todo mi cuerpo.

-O preferiría que se continuase viviendo en esta prisión de pueblos ¿eh?

-¿Qué prisión de pueblos?

-Pues la ex-Yugoslavia...

-No, no, sobretodo, nada de prisión digo.

-Vea que, cuando se piensa un poco, esto es formidable, dice mi vecina.

-Es verdad, digo con aire conciliador. Y, sin yo misma saber porqué, le solté en los brazos una botella de aceite de oliva.

-Tenga, dije enternecida.

-Gracias, dijo ella. Podrá servir para la ensalada de patatas.

Me quejo poco de los problemas cotidianos, ya lo he dicho. Soy especialista en literatura rusa y esto no es nuevo para mí. Conozco Zochtchenko, IlfyPetrov al dedillo, he escrito una memoria sobre Boulgakov y los mecanismos totalitarios. En lo que se refiere a ejemplos literarios, los conozco con detalle. Lo único que me desconcierta es que no me esperaba tener yo misma la experiencia de todo ello. Sobre todo ahora, con democracia. Por lo que se refiere al antiguo régimen yugo-comunista (vean que domino la terminología) las colas eran menos largas, cierto, y los salarios mejores, también cierto. Y había menos escenas «rusas». Pero eso no lo digo. Habría suficiente para acusarme de bolchevique y los «Bolcheviques» ya se sabe quienes son: los serbios, los Tchethniks, los yugo-agresores, nuestros enemigos irreconciliables, es por culpa de ellos que estamos aquí, aquí donde sólo hay dos posibilidades: la tumba o la supervivencia.

No voy al cine, no compro libros. Se dice que en el cine puede haber bombas. En cuanto a los libros, no hay. Las librerías están casi vacías. En tiempos de guerra, la cultura no es prioritaria, es lógico, lo sé, no desvarío, aunque todo el mundo adora enormemente, justamente en tiempo de guerra, que se hable de cultura, de escritores. Por otra parte, nuestro propio Presidente no contradice jamás a los periodistas cuando le dicen: «Usted es, señor Presidente, doctor en ciencias, historiador, hombre de letras...» El Presidente se contenta con eludir sonriendo aunque él no ha escrito jamás una línea, una línea de literatura, se entiende. Todos los Estados post-comunistas quieren, por una razón que se me escapa, que sus dirigentes sean escritores. Dobrica Cosic es escritor, por ejemplo, y también Radovan Karadzic, conocido por haber creado los campos de exterminio de croatas y musulmanes en Bosnia, que es poeta y gran amante de Whitman, y la mitad de los diputados serbios son escritores. En lo que se refiere a nuestro Presidente, no esconde su amor a la literatura. Cuando un escritor querido por nuestro régimen democrático muere, el Presidente hace una aparición en la televisión para presentar en persona sus condolencias.

Libros, pues, no compro. Por otro lado, no hay mucho que elegir: en las vitrinas de las librerías sólo se encuentran las obras del Presidente y algunas otras obras patrióticas. No reconozco nunca los nombres de los autores. Se asegura que muchos soldados croatas, muertos en combate o que han sobrevivido para la defensa de la patria, son los poetas.

-Publicaremos tu libro si nos aportas 140 kilos de papel, dice mi amigo editor.

-Pero ¿dónde puedo encontrar 140 kilos de papel?

-Ese es tu problema, tú eres escritora, me dice mi amigo editor.

Se me ocurre pensar, no sin nostalgia, en aquel año totalitario que pasé, hace bastante tiempo, en Moscú.

Mis amigos -pintores, escritores, intelectuales- vivían en una venturosa oposición al régimen, todos en la clandestinidad, todos en el samizdat hasta el cuello... ¡Qué vida tan creativa y excitante era! Aquí nos desenvolvemos todos a la luz del día, nada de cuestiones de clandestinidad, hemos votado democráticamente por un gobierno democrático, somos nosotros mismos los que hemos elegido. ¿Qué me pasa, pues? ¿Soy normal? ¿Qué más quiero? ¿Bollo además de pan? ¿Confundo las épocas y soy incapaz de distinguir un régimen democrático de uno totalitario?

No me pongo nerviosa, he decidido sobrevivir. Observo el linchamiento público de la gente que tiene la audacia, «en el país más democrático del mundo» (como lo llama a menudo su presidente), de pensar de otro modo. Observo que la televisión croata se ha convertido en un ring para linchamientos públicos. El director de la televisión es el mejor amigo del Presidente. Es por eso que es el director. Es por eso que en la televisión no se cortan jamás los interminables planos donde aparece el Presidente. Pero, también en la televisión cubana, me digo, no se hacen cortes cuando aparece Castro. Pero, gracias a Dios, nosotros no tenemos nada que ver con los cubanos, dicen. No me irrito más, todos son amigos del Presidente, razón por la cual él es el Presidente. Hay muchos amigos en todas las instituciones, en todos los niveles de la jerarquía, en todos los puestos claves. Y los que no estén contentos, por favor, ¡que se vayan! aquí tenemos una cosa más importante que hacer ¡sobrevivir!

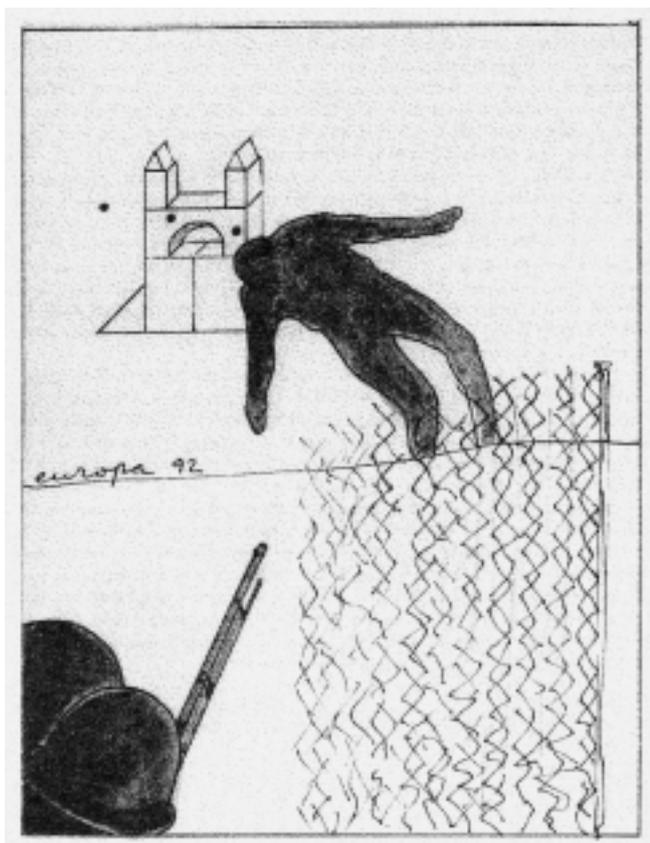
Observo en el transcurso de los días como se destruyen monumentos por todas partes: el de Nikola Tesla en Glina, de Ivo Andric en Visegrad, de las víctimas del fascismo en Brac. Observo que en la misma isla, se levanta uno a Genscher. Danke Deutschland, danke Genscher. No me irrito, ¿por qué ponerme nerviosa? Se nos destruyen nuestros pueblos, tranquila, se nos arrasan nuestros pueblos y yo me irrito a causa de un pequeño monumento. Por otro lado, es del todo natural que en la democracia la gente levante los monumentos que quieren y destruya los que no les interesa.

-Siempre hemos construido, está en nuestros genes. Si de paso llegamos a destruir también alguna cosa, no es por costumbre nuestra, lo hemos cogido de los salvajes, los serbios, dice mi vecina.

-Tiene razón, digo, acordándome de que he decidido sobrevivir.

-A veces, con facilidad, me siento mal cuando oigo a mis conciudadanos llamar, cada vez con más frecuencia y afectuosamente, a su Presidente, democráticamente elegido, «el padre», «el papa», «el viejo», olvidando que hace diez años era a Tito a quien llamaban «el viejo». Pero sobreviviré también a este asco.

Tengo a menudo taquicardias cuando veo a la gente que, vanagloriándose de su cultura milenaria, acepta tan fácilmente estas falsificaciones rituales y de mal gusto, dispuesta a borrar estos años que son una parte de su propia historia, de su pequeña vida personal. Soporto con gran dificultad ver a los media hacer del Estado una víctima permanente mientras que, en el mismo momento, las víctimas humanas son tan numerosas y tan anónimas. Lo llevo mal, me digo, pero ya me acostumbraré.



Sobrevivir, me digo, me resulta un poco más difícil cuando veo en la realidad o en la televisión escenas de arrepentimiento público, de contrición personal. Estoy un poco asqueada de esas lamentables confesiones a lo chino. Me sofoco un poco ante esas imágenes en las que todo el mundo, como actores de una película de vampiros, muestran a la cámara su pequeña cruz. Los hombres con la camisa desabrochada para que se vea mejor la cruz, las mujeres con el cuello desnudo y generosamente escotadas... Nuestra fe es la verdadera, somos fieles, somos una cultura occidental, no somos bestias salvajes ávidas de sangre como nuestros enemigos - claman y proclaman a los espectadores las pequeñas cruces. Pero a esto también puedo acostumbrarme, me digo. No soy tonta, sé bien cuales son las prioridades. Una cruz más o menos es un detalle en relación con una vida perdida. Y la pequeña cruz me hace a menudo pensar en su contrario - en la placa de identificación en el cuello de los soldados, que les meten en la boca cuando perecen. A los soldados enemigos, claro.

-¿No lleva cruz? me pregunta una persona que conozco.

-No, digo.

-¿Es un *coco*? dice calurosamente. La pequeña cruz en su cuello acompaña la réplica con un destello legítimo y dorado.

Sobrevivir se hace más difícil cuando pienso en Jasna, mi amiga, que está ahora en Belgrado. Se refugió allá abajo el año pasado, con sus dos niños, cuando se dijo que Zagreb iba a ser bombardeada. Traición... Para ella, la vida de sus hijos era más importante que los nuevos estados creados.

-Si al menos pudiese saber como le va... expreso ese pensamiento subversivo en el momento en que se dijo que Belgrado fue bombardeada.

-Ya no quiere tener nada que ver con los serbios, dice alguien.

-¿Porqué?

-Porque todos los serbios son iguales.

-¿Cómo iguales?

-Unos puercos.

A uno de mis amigos se le ha declarado una grave enfermedad. Quiero sobrevivir, ha dicho. Debo vivir para dominar mi enfermedad. Mi amigo ha sobrevivido pero ha cambiado mucho. Tiene la mirada vacía, es impermeable al mundo exterior, se toca continuamente la muñeca. Se toma el pulso y controla la actividad de su corazón. De tanto en tanto, una sombra de odio recorre su cara deslavada, lívida. Aborrezco la gente con buena salud, dice simplemente.

El estado de supervivencia es un estado de autismo emocional, social y moral. Cuando se consigue se arruina uno en el plano emocional por largo tiempo, insensible, impasible.

La persona dispuesta a sobrevivir es una especie de bribón. A menudo, cuando sobrevivir resulta insoponible, decido que, al mes siguiente, en lugar de pan y leche, compraré gasolina y me inmolaré en la gran plaza de Zagreb, como Jan Palach.

-Ah, estos intelectuales, no tienen suficiente con un Estado democrático, quieren bollos en lugar de pan, dirá un curioso bien informado.

-¡Sabotaje! ¡Inmolarse cuando para los otros el problema es permanecer vivos! dirá otro con repugnancia.

- Otro ataque a la soberanía de Croacia. No es por azar que ha elegido la gran plaza para quemarse, comentará un tercero con avidez.

Pero si, a pesar de todo, no me meto fuego, si triunfa el buen gusto sobre la tentación de inmolarse, si el deseo de sobrevivir triunfa, si sobrevivo, entonces os digo ¡hasta pronto! en una vida futura.

Dubravka Ugresic, publicado en *Liberation*.

ANTE CILIGA

El pasado 21 de octubre moría apaciblemente en Zagreb Ante Ciliga. Tenía 94 años. Enfermo, hacía dos años había regresado a Zagreb; hostil a los dirigentes de Croacia esperaba aún la caída de Tujman y de Milosevic. Su denuncia de las grandes imposturas de este siglo, le llevó primero a la prisión en URSS y al exilio en Siberia (1930-1935) y después al campo de exterminio de Jasenovac (en el año 1941 denunciado por el PCY a la policía oustachi). Antes que la denuncia del gulag fuera comercial, Ciliga había dicho casi todo sobre el bolchevismo: *Au pays de grand mensonge* que, escapado de las grandes purgas del 36 y 37, logra editar en Francia, narra su experiencia de los diez años pasados en la Rusia soviética. Pero el estalinismo es muy fuerte aún entre la inteligencia europea y el capítulo sobre Lenin será mutilado.¹ Igual que pasará con Panaït Istrati a su regreso de la URSS en 1928: al escribir su memoria *Vers l'autre flamme*² cerrarán filas contra él todos sus amigos comunistas. Entre 1938 y 1941 escribe Ciliga la continuación de su relato: *Sibérie, terre de l'exil et de l'industrialisation* y empieza luego un largo viaje por la Europa en guerra que lo llevará al campo de exterminio antes mencionado.³ En 1958 se instala en Roma, participando en numerosas revistas de la oposición yugoslava.

Reproducimos a continuación parte de su autobiografía escrita en 1983:

«Nací el 20 de febrero de 1898 en Segotici (Chegotitchi), un pequeño pueblo de Istria cercano a Pula. Istria, hoy en día provincia yugoslava (sic), perteneció a Austria hasta 1919 y después a Italia desde 1919 a 1945.

Nací en el seno de una familia de campesinos croatas. Mi abuelo hizo partícipes a toda la familia de su interés por la cultura croata y por las luchas de emancipación nacional dirigidas contra la burguesía urbana italiana y la administración germano-austríaca.

Pasé los siete primeros años de mi vida en Segotici, los dos últimos vigilando la veintena de ovejas de mi familia, mezclado con los otros pequeños pastores del pueblo, lo que me llevaba a hacer cada día los dos quilómetros que me separaban del golfo de Quamero.

En otoño de 1905, me condujeron a casa de un tío, veterinario en la lejana Mostar, capital de provincia en Herzegovina, para empezar unos estudios que me permitieran más adelante luchar de manera más eficaz contra la aristocracia austriaca e italiana.

Estuve nueve años en Mostar, hasta el verano de 1914 en el que se produjo el atentado de Sarajevo y el inicio de la Primera Guerra Mundial; en total fueron cuatro años de estudios primarios y cinco de liceo.

Me acuerdo que, durante el último año de la escuela primaria, mi compañero de pupitre y yo, cantábamos el himno austriaco cambiando el último verso; «Austria será eterna» (*Österreich wird ewig sein*) se convertía en «Croacia será eterna», pero para gran sorpresa mía nunca nadie de la clase se dio cuenta del cambio.

Fue durante mi estancia en el liceo, cuando estallaron las guerras balcánicas en el otoño de 1912, que comprendí que no se trataba solamente de la liberación nacional croata, sino la de todos los eslavos de los Balcanes. Fue en este momento cuando me definí como croata de tendencia yugoslava y no he cambiado de opinión a este respecto.

Tenía catorce años aquel otoño, cuando empecé a participar en manifestaciones de calle contra el régimen austro-húngaro. Se despertó mi interés por la política y la literatura.

Un periodista y escritor croata rebelde, Antun Gustav Matos, que vivió en París a finales del siglo XIX y a principios del XX, enviaba artículos y estudios sobre la vida literaria francesa a la prensa croata que posteriormente fueron recogidos en un volumen. Su entusiasmo y simpatías iban hacia poetas como

1. *Au pays du grand mensonge*, escrito en París entre enero de 1936 y julio de 1937, se publica en las ediciones Gallimard en 1938 con el capítulo sobre Lenin amputado. En 1950, las ediciones Iles d'Or lo republica modificando el título a propuesta del autor *Au pays du mensonge déconcertant* con el capítulo sobre Lenin íntegro. En 1977 Champ Libre publica con el título *Dix ans au pays du mensonge déconcertant* el texto original de 1938 con el capítulo Lenin aussi...» íntegro más *Sibérie, terre de l'exil et de l'industrialisation*. Esta obra fundamental sobre el bolche-

vismo espera aún ser traducida al castellano. «Mayo 37» edita en castellano, en 1973, *Lenin y la revolución rusa*, que recoge, junto a otros capítulos, el íntegro *Lenin aussi...*

2. Panaït Istrati. *Vers l'autre flamme; Apres seize mois dans l'URSS. Confessions pour vaincus*. U.G.E., 1980. Esta obra, gran denuncia de la impostura bolchevique, también espera ser traducida en España.

3. Memoria recogida en *Dónde vas Europa...* escrita en croata y de pronta aparición en francés.

Baudelaire, Rimbaud y Verlaine; fue a través de ellos que me introduje en las letras francesas.

El movimiento yugoslavo anti-austríaco hacía de la democracia francesa su modelo y buscaba sus ideales en la Gran Revolución. Fue de esta manera como Rousseau, Voltaire, Diderot así como Marat, Danton y Robespierre se convirtieron en mis héroes tanto en el ámbito del pensamiento como en el de la acción.

Un joven croata, antiguo alumno del Instituto de Ciencias Políticas de París, que debía hacerse trágicamente célebre en la primitiva Yugoslavia, Stjepan Radic, dijo en su libro sobre *Europa contemporánea* que Francia, gracias a la Gran Revolución, era la «segunda patria» de todos los demócratas europeos, y yo hice mía esta tesis de la que nunca he renegado. Siendo Croacia, Yugoslavia, Rusia y el mundo eslavo en general mi primera patria, Francia se convirtió en mi segunda.

En el otoño de 1913 se inició en el liceo un curso facultativo de francés al que fui corriendo a matricularme...

Durante laprimaverade 1914, nos pusieron como tema para un trabajo: «Mostar, centro cultural de Herzegovina»; lo abordé de manera irónica: Sí, es en realidad un centro de cultura austriaca, rodeado de cuatro campamentos militares, de una gran cárcel, de un grandioso tribuna, donde los profesores están más interesados en su promoción y en las prebendas que les da el gobierno que en dar a los alumnos una educación libre y nacional... El Gobierno local de Bosnia-Herzegovina, cuya sede estaba en Sarajevo, decidió expulsarme del liceo. Gracias a la intervención de un diputado de la oposición en el Parlamento bosnio se reconsideró mi expulsión que quedó en un «último aviso».

Fue algunos meses más tarde, después del atentado de Sarajevo, cuando se me expulsó de todas las escuelas de Bosnia-Herzegovina. Volví a Istria, en donde durante el otoño de 1914 retorné mis estudios en un liceo local... del que me expulsaron de nuevo por haber leído y hecho leer a otros compañeros *La vida de Jesús*, de Renan.

Volví a casa de mis padres en el pueblo. Pero en verano de 1915, como Italia había entrado en guerra, la proximidad de mi pueblo con el puerto de guerra de Pula hizo que todo nuestro distrito fuera evacuado hacia el norte: todo nuestro pueblo se encontró resituado en un villorrio de Moravia Meridional.

Durante los dos años que siguieron terminé mis estudios en el liceo checo de Brno. Durante este tiempo, mi interés por la política y por la literatura tanto checas como internacionales (Chateaubriand, Byron) no hicieron más que crecer, pero no me mezclé en ninguna acción política.

En Moravia, me encontré con un mundo nuevo, distinto en muchos aspectos al de Istria y al de Bosnia-

Herzegovina. Tenía enfrente un mundo cultural y económicamente más desarrollado en contraste con los países del sur de la monarquía de los Haubsburgo en los que este mundo moderno no hacía más que empezar tímidamente. Brno, a la que se llamaba «El Manchester austríaco», era una metrópoli industrial y el pueblo Klobuky u Brna (Klobuky de Brno), en donde vivían mi madre y mis hermanos y hermanas, era típico de una sociedad agrícola en pleno desarrollo capitalista: la separación entre campesinos ricos y campesinos pobres era impresionante.

Me hallaba ante un nuevo problema: el problema social. Mis ideas se ampliaban. Un libro alemán, de un profesor de Viena, *Historia de las doctrinas económicas*, que explicaba en sus conclusiones las doctrinas socialistas, me llevó a considerar como lógico y probable la caída del capitalismo y la llegada del socialismo.

Durante estos años de guerra pasados en Moravia dos hechos me ayudaron a precisar mi visión de las cosas.

El primero tenía que ver con la guerra, su duración y sus consecuencias. Mi entusiasmo

original de agosto de 1914 por la causa de los Aliados cedía ante reflexiones más críticas.

Mi natural me llevaba de manera espontánea a ver en la liberación nacional croata y yugoslava un acto de justicia; y esta noción de justicia se convirtió en mí en algo indivisible que debía aplicarse a nuestros opresores de ayer, Austriacos, Húngaros e Italianos. Sin ánimo revanchista y sin infligir nuevas injusticias. De esta manera, mi alineamiento con el socialismo se orientó desde el principio hacia un socialismo internacionalista, en clara oposición al egoísmo nacional que prevalecía en los partidos socialistas europeos comprometidos en la guerra. La explosión de la Revolución rusa de 1917 me encontró en este estado de ánimo.

El segundo hecho no tiene relación con la adquisición de nuevos valores en el aspecto de la vida social y de la política internacional sino más bien a un enjuiciamiento crítico de los valores ya adquiridos. Klobuky, unido desde el punto de vista nacional (checo), era un pueblo dividido, sin embargo, bajo el punto de vista confesional: una fuerte minoría protestante la convertía en el centro del protestantismo en Moravia del Sur y allí tenía su sede el «superintendente», el obispo protestante. Los dos grupos se distinguían política y socialmente; los protestantes, que eran la mayoría de los campesinos ricos, eran ferozmente anti-austríacos, mientras que los campesinos pobres eran católicos y pro-austríacos. Mi postura hostil hacia Austria me acercaba a los protestantes y tenía tendencia a explicarme que su buena situación económica y social se debía a su espíritu abierto y a su iniciativa. El verano y el otoño de 1916 hicieron replantearme estos esquemas. Los

campesinos debían entregar al gobierno el superávit de su producción de trigo. Evidentemente, escondían una parte para revenderla bajo mano más cara. Y, estos campesinos ricos, protestantes, anti-austriacos y ultra-nacionalistas checos, no lo vendían a los campesinos pobres del pueblo carentes de medios, sino más bien a los acaparadores de Viena. La conclusión era evidente: los admirables hijos de la progresista y moderna Reforma, estos obstinados adversarios del oscurantismo católico y hauburgo, traicionaban a la primera ocasión que se les presentaba, la solidaridad nacional con sus hermanos checos en provecho de sus enemigos vieneses a quienes tanto odiaban, y eran los campesinos católicos pobres, obreros agrícolas explotados por sus vecinos protestantes, los que, no obstante la herencia medieval de su Iglesia responsable de la Inquisición y del proceso hecho a Galileo, se llevaban mis simpatías socialistas. Se puede pues, me confesé, ser progresista en un plano y reaccionario en otro.

Fue durante mis primeros días de servicio militar cuando estalló la Revolución rusa de febrero de 1917. Conocía *Rusia subterránea* de Spepniak, donde narra el heroísmo de estos jóvenes revolucionarios. De la misma manera que me impresionó la descripción que de Sofia Perovskaia, la organizadora del atentado contra el zar Alejandro II, hace Tourgueniev en su poema *La joven rusa*. Y evidentemente que había leído a Máximo Gorki.

De todas maneras, la idea de una revolución en Rusia me parecía pertenecer al terreno de la utopía. Me inclinaba por soluciones radicales, o sea, capaces de ir al fondo de los problemas. Ha sido en definitiva esta cualidad, más bien rara en la herencia campesina, la que ha condicionado mi paso al campo revolucionario, pero esta herencia me ha llevado siempre a insistir en el «realismo» de las soluciones a las que se aspiraba. En la biblioteca de mi tío la literatura rusa estaba representada por las novelas de Tourgueniev: *Padres e hijos*, *Humareda*, *Rudin*, *Tierras Vírgenes*, etc. en las que se presenta la acción revolucionaria como una empresa idealista, sin mucha base, en donde hallamos este lema de «viejo campesino»: «No hay que trabajar la tierra virgen con la azada que no hace sino resbalar en la superficie, sino más bien con el arado».

Este discurso de Turgueniev que en 1911-1912 me parecía lleno de sabiduría y realismo, tuve que revisarlo en febrero-marzo de 1917: No, Turgueniev no tenía razón, los revolucionarios habían trabajado la tierra rusa en profundidad... Los acontecimientos me planteaban nuevos interrogantes. Así, cuando Kerenski proclamó la República sin esperar la convocatoria de la Constituyente me planteé: ¿Puede un gobierno zanjar de manera arbitraria un debate que corresponde a la totalidad de la nación? (En esta situación concreta la Constituyente era la expresión legítima de la volun-

tad nacional). El realismo revolucionario ganó la batalla en mí y me llevó a la conclusión de que una decisión democrática en sustancia debía ser aceptada como tal, aunque se realizara de manera arbitraria y no democrática.

Durante los meses de octubre-noviembre de 1917, la revolución bolchevique planteó, de manera más urgente y consecuente, el doble problema de la legitimidad democrática y del realismo práctico. La postura de los bolcheviques –contra la guerra imperialista y en favor de la paz universal, sin anexiones ni reparaciones– ganó mis simpatías. Y, aunque los cañonazos del Aurora contra el Palacio de Invierno donde tenía su sede el gobierno Kerenski fascinaran instintivamente, el golpe de fuerza del 27 de octubre/7 de noviembre no dejó de suscitar en mí muchas dudas que planteaban muchos enigmas.

Me encontraba en aquel momento en el hospital militar en compañía de otros dos estudiantes: el uno, austriaco, era apolítico, el otro, un judío polaco de la Galicia austriaca, había sido antes de la guerra un anarcosindicalista, un «sindicalista revolucionario» a la francesa. Desde este punto de vista condenaba el socialismo marxista, en particular el de la social-democracia alemana al que tildaba de «socialismo de cuartel». Poseía un perfecto conocimiento del movimiento socialista y revolucionario ruso en los planos teórico y práctico. De él fue de quien aprendí las diferencias que había entre los «S.R.», o socialistas revolucionarios y los «S. D.» o social-demócratas así como las divergencias existentes tanto a nivel de pensamiento teórico como de acción práctica entre las dos fracciones que se escindieron en bolcheviques y mencheviques. Cuando le pregunté la manera cómo la futura sociedad socialista podría conciliar las nociones de libertad y de disciplina del trabajo, me explicó que correspondería a las organizaciones obreras, a los sindicatos, el organizar y garantizar la disciplina de trabajo...

Durante la guerra, este estudiante judío se convirtió en sionista y juzgaba los acontecimientos desde este punto de vista: partidario acérrimo de los gobiernos de Londres y París, y por consiguiente de su aliado ruso el gobierno Kerenski, se oponía a los bolcheviques y se declaraba adversario de la política de Lenin «contra la guerra imperialista». Los días que siguieron al golpe de fuerza bolchevique esperaba en los periódicos la noticia de la contraofensiva de Kerenski, mientras callaba esperando que los acontecimientos fuesen favorables a las «novedades» de Lenin...

Durante estos años 1917-18, Lenin me pareció unas veces adelantado y otras atrasado con respecto a su tiempo, si nos mantenemos dentro de un punto de vista realista. Por ejemplo, cuando pidió en abril de 1917, en su conferencia de prensa de Zurich antes de

su partida a Rusia, la liberación inmediata de todas las colonias, me pareció que, si esta exigencia era de recibo por lo que concernía a Egipto, ¿no era acaso precipitada en lo que concernía al Congo? ¿Estaba este último preparado para una parecida liberación? Por el contrario, después de la paz de Brest-Litovsk, me dije: ¿No se ha pasado Lenin de la oposición a la guerra imperialista a la paz con el imperialismo alemán y austriaco, dejándonos a nosotros, eslavos austriacos, bajo el yugo de los alemanes y de los húngaros?

Al año siguiente, en otoño de 1918, reemprendí mis estudios universitarios en Croacia. Entré enseguida en el partido social-demócrata de Croacia y, cuando se derrumbó el Imperio austro-húngaro, a finales de octubre, participé en el nuevo poder político como representante del partido.

El derrumbe de los imperios austriaco y alemán anuló la paz de Brest-Litovsk y sus consecuencias, y Lenin pudo de nuevo brillar con su radicalismo inicial. El nuevo estado yugoslavo iba a constituirse y a afirmarse. Su organización se hizo bajo la perspectiva del estado burgués y balcánico de antes de 1914, como si mientras no hubiera habido ni una guerra mundial ni una Revolución rusa. Y además, uno de los pueblos yugoslavos, el serbio, tomaba en el nuevo estado la hegemonía por encima de los otros pueblos, cogiendo en cierta medida el relevo de los antiguos opresores austriacos y húngaros.

Durante el verano de 1918, algún tiempo antes, me había encontrado en Pula a un joven esloveno que había estudiado derecho en la universidad de Viena y servía como oficial en el ejército austriaco. Era un social-demócrata y un reformista convencido. «No he llegado al socialismo a través de la doctrina marxista de la lucha de clases, me decía, sino a través de la ciencia económica y política pura que exige que el desarrollo de la economía capitalista reclame una intervención directora del Estado y del gobierno en la esfera económica y socialista». Para él, era esta evolución objetiva la que hacía inevitable la llegada del socialismo (más adelante, durante todo el tiempo que duró el primer Estado yugoslavo, este joven jurista se mantuvo inamovible en el puesto de secretario de la cámara de trabajo de Ljubljana). Muy al día de las divergencias existentes respecto a la organización del futuro Estado yugoslavo entre los políticos, de manera particular entre Serbios y Croatas, mantenía las tesis del jefe del gobierno serbio Pasic. «Cualquier Estado necesita en el momento de su nacimiento, un gobierno fuerte y centralista», decía.

Aunque mis inclinaciones me llevaban en dirección opuesta, me consideraba poco informado como para adelantarme a los acontecimientos. Sin embargo, su tesis me llevó a entrar en el partido socialista, ya que pensaba que para dirigir una gran y buena política es necesario que coincidan el factor subjetivo, la adhe-

sión de las grandes masas populares, y el factor objetivo, la evolución espontánea de la vida económica, social y política.

La experiencia de los primeros meses del nuevo Estado yugoslavo se tradujo en una gran decepción entre las masas populares, y no sólo en las regiones no serbias sino incluso en Serbia: dos años más tarde, en las elecciones para las Constituyentes, 14 de los 53 diputados comunistas fueron enviados por Serbia.

A principios de 1919 se realizó en Zagreb el congreso del partido social-demócrata de Croacia. Yo fui el orador más radical de las izquierdas, lo que no me impidió quedarme en minoría; nos constituimos después del congreso en fracción autónoma de izquierda, que constituyó la base de la sección croata del partido comunista de Yugoslavia que se formó definitivamente durante la primera mitad del año 1920. Durante el invierno 1918-1919 todavía dudaba entre un socialismo de izquierda y el comunismo. Entre los que se declaraban comunistas, principalmente entre los que habían sido prisioneros de guerra en Rusia, se podía hallar a mucha gente de tendencia «putchista» y mis concepciones se hallaban en las antípodas de aquellos que querían una revolución sin conseguir antes la adhesión de las masas. Mientras tanto, desde febrero-marzo 1919, llegué a la conclusión de que el primer estado yugoslavo iba a hundirse por falta de entendimiento entre serbios y croatas, aunque este Estado común convenía tanto a unos como a otros. Veía que los partidos nacionales burgueses y pequeño-burgueses tanto serbios como croatas tenían un horizonte demasiado cercano como para ser capaces de resolver los contrastes y la incompreensión recíprocas; pensaba que correspondería a los socialistas ya los comunistas solucionar esta cuestión.

Mi radicalismo fue la causa de mis primeras persecuciones; me amenazaron con meterme en la cárcel. En un primer momento pensé en ir a continuar mis estudios a Francia. Cuando llegué a Viena decidí irme a Hungría. «Hay que ver con los propios ojos una revolución en marcha» me dije. Así que me quedé algo más de un mes en Hungría, en Budapest y con un destacamento de voluntarios yugoslavos cerca de la frontera con Yugoslavia. De entre todas las experiencias de que fui testigo, una de ellas fue decisiva: la falta de revolución social en la agricultura, el respeto «hasta otoño» de las propiedades de los grandes terratenientes. Una revolución que deja intactas las grandes propiedades durante los seis primeros meses no es una verdadera revolución, está condenada a desaparecer.

Esta «medida a medias» de la revolución húngara, que se atribuyó a la influencia y sentido común social-demócratas, me decidió a entrar en el campo comunista. (Un año más tarde, en verano de 1920, asistí en Italia a la experiencia de la «ocupación de fábricas», y esta nueva «medida a medias», a la que se acompaña-

ba de tanta demagogia, no hizo sino reforzar mi convicción de que la revolución debe ir desde un primer momento hasta el fin de sus reformas).

El primero de mayo de 1919, entré en Yugoslavia para llevar a cabo trabajo comunista. Un comité, ubicado cerca de la frontera húngara me envió a Eslovenia disfrazado de propalador de la prensa obrera, siendo ésta tanto la de los socio-demócratas como de la propaganda pro-comunista. Allí pasé seis meses preparando la futura organización del partido comunista.

Interpreté la caída de la república de Consejos de Hungría como el final de la ola revolucionaria de 1917-1919; esperando la siguiente, decidí reanudar mis estudios universitarios a partir de noviembre de 1919 en Praga, los proseguí en Viena en 1921-22 y los terminé en Zagreb en 1922-24. En Praga y Viena había cantidad de estudiantes yugoslavos; entre ellos formé importantes núcleos comunistas. En el otoño de 1922, el Politburó decidió mandarme a Zagreb con los cargos de partido para Croacia y de director de *Borba*, en esa época, el órgano central del Partido publicado en Zagreb. Allí pasé pues tres años. El partido comunista yugoslavo conoció un éxito espectacular en los años 1919-20. Pero una acción radical del gobierno de Belgrado fue la causa de un hundimiento igual de espectacular. Es así que fui llamado para reactivar el partido en Croacia. Si bien en el apogeo de su éxito, en noviembre de 1920, el partido comunista envió a las elecciones de la Constituyente más de cincuenta diputados, no consiguió que se eligiera ni uno solo en las elecciones políticas generales de la primavera de 1923: era el colmo de la derrota. Fue entonces cuando el partido comunista búlgaro, en Moscú, acusó a la dirección del Komintern de descuidar el «problema nacional» de los pueblos no serbios de Yugoslavia, sobre todo de los macedonios y croatas, y de apoyar el principio de la organización centralista del estado yugoslavo, silenciando el derecho a la autodeterminación de esos pueblos. La dirección del Komintern, Zinoviev a la cabeza, invitó pues a la dirección del partido yugoslavo a abrir una discusión en el partido sobre su posición respecto a la «problemática nacional». La derecha del partido puso en pie un programa que preveía la constitución de una autonomía provincial limitada; la izquierda tachó este proyecto de reformista pero fue incapaz de elaborar un proyecto revolucionario optando por dejar a la futura «revolución socialista» la tarea de zanjar la «problemática nacional».

Yo mismo estaba en la cúspide del Partido, aun siendo su más joven miembro. Sin dejar de respetar a los camaradas más antiguos, propuse en *Borba* un contraproyecto radical y concreto: la transformación del estado yugoslavo monárquico y centralista en una república federativa de cinco repúblicas nacionales (Eslovenia, Croacia, Serbia, Montenegro y Macedonia) y dos repúblicas nacionalmente mixtas (Bosnia, Herzegovina y Vojvodina).

Como se puede comprobar, este esquema ha servido de base para la organización de la segunda Yugoslavia, la de Tito, con dos cambios significativos: el uno para mejor, el otro para peor. A las siete unidades previstas en mi proyecto, la realización de Tito agregó una octava unidad. Esta ampliación se justifica por el hecho de que el Kosovo se compone de casi un 80% de albaneses y que los serbios son una minoría nacional de menos del 20 %. (Ha sido bajo la influencia de la propaganda serbia que yo llegara a creer lo contrario en 1923, que los serbios eran mayoría). En cuanto al cambio para peor debido a Tito, consiste en que las dos unidades –Kosovo y Vojvodina– no fueron organizadas en repúblicas sino en colonias –provincias–, anexadas arbitrariamente a Serbia. En una situación de dominación colonial idéntica, se hallan –gracias al sistema totalitario del partido y al centralismo del ejército yugoslavo– las dos repúblicas de Croacia y Bosnia-Herzegovina: las minorías nacionales locales serbias se hallan, en efecto, en posición hegemónica sobre las mayorías no serbias. Podemos pues decir que frente a esas cuatro unidades, colonias y semicolonias de Serbia, ésta representa la metrópoli colonial. Al lado de este pequeño «imperio» serbio, las otras tres unidades (Eslovenia, Montenegro y Macedonia) gozan de una auténtica autonomía local; pero para conservar sus privilegios, se ven obligados a apoyar la dominación de Serbia sobre su pequeño «imperio colonial». Añadamos que las cuatro unidades que se hallan en una posición colonizada y semi-colonizada representan el 54,74 % del territorio de Yugoslavia y el 55,04 de su población. Serbia, la metrópoli colonial, ocupa el 21,88 % de su territorio y constituye el 25,36 %, de su población. Por último, las tres unidades que tienen un régimen de autonomía local representan el 23,38 % del territorio y el 19,60 % de la población yugoslava. Esta situación anormal, desequilibrada y explosiva, es la que Tito dejó a sus sucesores tras su muerte acaecida el 4 de mayo de 1980.

Mi proyecto se granjeó numerosas simpatías en todo el país, fuera de Serbia, y fui nombrado para el Comité Central del Partido Yugoslavo. Entretanto, llegó de Moscú una nueva misiva que por un lado estimulaba mi radicalismo, pero por otro me indujo a hacerme numerosas preguntas: Moscú condenaba implacablemente el proyecto de la derecha como «reformista» y «residuo de la ideología socialdemócrata», y preconizaba, como solución positiva al «problema nacional de Yugoslavia», la constitución de tres repúblicas independientes y soberanas:

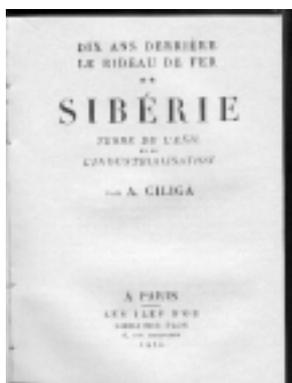
Eslovenia, Croacia y Macedonia. Esto era más radical, más revolucionario que mi proyecto federación de siete repúblicas. Sin embargo, la proposición de Moscú no preveía ninguna solución y, además, no decía ni palabra sobre la suerte que pudieran correr las tres unidades no serbias (Bosnia-Herzegovina,

Montenegro y Vojvodina), ni respecto al porvenir de la misma Serbia.

En Vojvodina, el grupo nacional serbio sólo constituía entonces el 35 % de la población; fue al final de la Guerra Mundial que llegó a representar el 50-55 %, después que se expulsara de Vojvodina a medio millón de alemanes.

En resumidas cuentas, los planes de Moscú que debían resolver el «problema nacional» destruían Yugoslavia... A mi parecer, el objetivo de toda política debía tender a construir, a resolver, los problemas planteados y la destrucción de un estado social o de un Estado sólo constituía la premisa de una construcción positiva. ¿Cómo los viejos bolcheviques situados a la cabeza del Komintern, marxistas puros y duros, podían ignorar esta regla básica? Tenía que admitir que en la dialéctica marxista existía algún punto que yo no había todavía logrado apropiarme... Las apariencias me daban la razón en Zagreb, pero la verdad en Moscú, pasada por el tamiz de una dialéctica marxista superior, me desaprobaba. Con toda evidencia, tenía que ir allí a estudiar sobre el terreno la compleja y profunda realidad de la revolución socialista. Entretanto, era mejor abstenerse de entrar en controversia con la posición de Moscú que la izquierda yugoslava aceptaba totalmente...

Durante tres años, de 1923 a 1926, el partido



yugoslavo siguió oficialmente la línea propuesta por Moscú. Pero, en realidad, en todas las regiones no serbias, incluyendo Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Vojvodina, se aplicó la táctica del derecho a la autodeterminación de los pueblos, política en la que participé activamente como secreta-

rio del Partido de Croacia y director de *Borba*: en uno de mis artículos de fondo «Nueve millones», hablaba de los nueve millones de no-serbios sometidos, «esclavos» de la nación dominante serbia que se valía en la época de tres millones de personas. En el invierno de 1924-25 pasé a ser también miembro del Politburó yugoslavo.

El gobierno de Belgrado juzgó que este último ascenso rebasaba la media de lo tolerable y me expulsó en abril de 1925 bajo el pretexto de que, siendo natural de Istria, me había convertido en 1919 en súbdito italiano.

Desde el otoño de 1926 al del año siguiente, me quedé en Viena como representante del partido yugoslavo encargado de asegurar el enlace entre el Komintern y Moscú.

Fue así como en otoño de 1926 me enviaron a Moscú para enseñar en la escuela del partido yugoslavo y para trabajar en la sección yugoslava del Komintern. De esta manera empezó una permanencia de casi diez años (desde octubre de 1926 hasta diciembre de 1935) en la Unión Soviética: tres años en Moscú entrecortados por permanencias estivales en Crimea y en el Cáucaso, un año (desde octubre de 1929 a mayo de 1930) en Leningrado, tres años en la cárcel política central de Verkhnie-Ouralsk, y los dos últimos años y medio en el exilio de Siberia (Krasnoïarsk, Iénisséïsk). Mi libro *Dix ans au pays du mensonge déconcertant* describe paso a paso, etapa por etapa, mi experiencia y la evolución de mis opiniones en la URSS sobre el país, sobre la revolución rusa, sobre la evolución del bolchevismo y del poder soviético. Durante el invierno 1931-32, mientras estaba en la cárcel política de Verkhnie-Ouralsk, entregué ya mis conclusiones en el ensayo *Sobre el bonapartismo*: «la Rusia de Stalin se halla en la fase bonapartista de la revolución rusa, es la decadencia moral y espiritual que va de la mano con su expansión económica y militar a través de los planes quinquenales».

Todo esto se explica en mi libro, pero me gustaría insistir en un «detalle». Se trata del gran vuelco que sufrió la Revolución rusa, en el momento en que la tendencia y el esfuerzo hacia una sociedad socialista fueron definitivamente aparcadas por la evolución hacia una sociedad de tipo capitalismo de Estado, ayudada por la dictadura de la democracia (burocracia comunista en primera línea y no comunista en segunda), dicho de otra manera, el 9 Termidor de la Revolución rusa: era el invierno de 1920-21, más precisamente marzo de 1921, cuando intervinieron las decisiones del Décimo Congreso del partido comunista ruso, cuando la huelga general de los obreros de Petrogrado estaba en su punto más álgido y cuando se puso en marcha la sangrienta represión contra los gloriosos marinos de Cronstadt que se habían sublevado.

Voy a narrar brevemente mi vida, mis experiencias, mi trabajo y la evolución de mis opiniones después de mi regreso de la URSS.

Era al principio de 1935 cuando atravesé la frontera soviético polaca. Algunos días en Varsovia, dos meses en Checoslovaquia (En Brno y en Praga, dos viejas conocidas de mi juventud) para llegar a finales de febrero de 1936 a París, el sueño de mi juventud y la finalidad de mi salida de Siberia. Durante un año escribí la primera parte de mi libro sobre Rusia, que en la primavera de 1938 publicó Gallimard traducido al francés (del ruso).

Cuando acabé la primera parte dejé París para volver a mi pueblo natal en Istria (el régimen fascista me vigiló e interrogó pero toleró que pasara un par de meses en mi pueblo). Cuando llegué a Yugoslavia, me detuvieron y permanecí seis meses en la cárcel antes

de que me expulsaran. (Todo esto, tal como lo supe más tarde, fue obra del partido comunista que se había infiltrado muy adentro en la policía yugoslava, de tal manera que el jefe de la sección anticomunista de Belgrado era él mismo un agente comunista.)

Durante la primavera de 1938 me encontraba en París donde permanecí hasta setiembre de 1941. Hasta setiembre de 1939, me ocupé, por una parte, de los problemas de la guerra civil en España y, por otra, en redactar la segunda parte de mi libro (*Siberia, tierra de exilio y de industrialización*). Entendía perfectamente la política de Stalin en España que se debía no a un «error de ultra-izquierda» —como suponía Trotski— sino, al contrario, a un cálculo plenamente consciente: mediante la táctica deliberadamente de «ultra-izquierda», Stalin hacía su juego esperando la derrota de la revolución española y la victoria de Franco. Hoy en día ya no queda ninguna duda a este respecto. Pero me equivocaba sobre el verdadero sentido y la verdadera finalidad de esta táctica derrotista, provocadora y contrarrevolucionaria.

Imaginaba que Stalin hacía todo esto con una finalidad defensiva, para protegerse de un ataque o de una guerra de Hitler contra Rusia. En realidad, tal como se sabe hoy en día, la finalidad de Stalin era más bien ofensiva: actuaba de esta manera para inducir a Hitler a declarar la guerra al oeste, en primer lugar a Francia, una guerra que agotaría de la misma manera a Alemania que a Europa occidental y le permitiría, al acabar este conflicto «europeo», quedarse con Alemania y con una gran parte de Europa occidental. Se sabe muy bien hoy en día que Stalin propuso el pacto de «no-agresión» a Hitler desde 1933, una segunda vez hacia mitad de los años treinta y finalmente con éxito, en agosto de 1939.

Viviendo en París, mi atención se dirigía principalmente hacia la vida y los problemas de Rusia. El Frente popular de 1936 y la guerra civil española desviaban poco a poco mi atención sobre la situación y los problemas europeos que se avivó con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Durante el medio año que duró la «drôle de guerre» que precedió a la llegada de los alemanes a París a mediados de junio de 1940, interrumpí mi trabajo sobre *Siberia*...

Veía en Petain la expresión de una fase de la debilidad de Francia, y en De Gaulle al hombre del futuro.

De todas maneras debía decidir si abandonaba Europa para dirigirme a América o si me quedaba en Francia y en el viejo continente. Después de muchas reflexiones y dudas, decidí quedarme y esto por dos razones: en primer lugar, quería acabar *Siberia*... el conjunto de mi gran libro sobre Rusia y, en segundo, proyectaba realizar un viaje circular a través de Europa en guerra para ver con mis propios ojos los aspectos de la crisis y de la caída del continente europeo. Me sentía hijo de este continente y me entristecían las

malas perspectivas que preveía para Europa. En particular, quería verificar en Alemania, en Berlín mismo, qué relaciones mantenían Hitler y el nazismo con el pueblo alemán.

Desde el final de la Primera Guerra Mundial, yo participaba de la opinión general de los comunistas, según la cual, Europa, así como la sociedad burguesa y capitalista, había sobrepasado el punto culminante de su ascensión histórica y que sólo una revolución comunista podía interrumpir su fatal decadencia e iniciar una nueva ascensión social e histórica. Mi permanencia en Rusia me hizo comprender que las perspectivas de una revolución comunista en Europa pertenecían al pasado, y que sólo quedaba eventualmente la ambición del Kremlin de colonizar Europa, como en su tiempo hizo la antigua Roma con Grecia y el imperio de Alejandro. En estas condiciones presentía que la Segunda Guerra mundial se acabaría de una manera o de otra, pero poniendo en primer lugar de la escena a América y a Rusia, Europa caería hacia un segundo o tercer rango dentro del mundo. Las palabras de Keynes diciendo que «la edad de oro» de Europa y su apogeo, entre 1870 y 1914, había desaparecido del todo con la Primera Guerra mundial no hacían sino reforzar mis presentimientos.

Terminado mi libro en agosto de 1941, empecé mi vuelta a Europa en el mes de setiembre: París-Italia del Norte-Trieste-Pula (incluyendo dos meses en mi pueblo natal)-Rijeka(Fiume)-Dubrovna-Mostar-Sarajevo-Zagreb (un año de cárcel, comprendiendo seis meses en el campo de exterminio de Yassenovata)-Viena-Berlin (otoño de 1944-febrero de 1945)-Baviera (fin de la guerra). Las experiencias y las reflexiones de este viaje apasionante y temerario, las describí en el libro *¿A dónde vas Europa... ?*, en el que se entremezclan interrogantes, extrañeza, protesta, resignación... un libro que sólo se ha publicado hasta hoy en croata (*Sam kros Europu u ratu*, edición de Na pragu Sutrasnjice, Roma, 1978).

La policía oustachi de Pavelic me detuvo en Croacia a finales de diciembre de 1941 con una orden de arresto proveniente de la antigua Yugoslavia. Cuando la dirección del partido comunista yugoslavo tuvo conocimiento de mi detención estaba enfrentada a fuertes divisiones internas, entre Tito y Stalin, entre comunistas serbios y croatas y entre los propios comunistas croatas (en aquella época no sabía yo nada de estas desavenencias). Para impedir que me mezclara en estas controversias, la dirección titista tomó medidas categóricas: gracias a los agentes comunistas infiltrados en el aparato policial del gobierno oustachi, se sugirió la tesis de que Ciliga era el representante político de Moscú para Yugoslavia y que Tito no era más que un especialista militar de la guerrilla. En junio de 1942 me mandaron a un campo de exterminio con una condena a muerte acuestas pero con un compás

de espera. De manera oficial al campo de exterminio lo llamaban «campo de trabajo» y la pena legal máxima a cumplir era de tres años. Estos «tres años» eran sinónimo de «condenado a muerte» pero, por decirlo de alguna manera, existían dos «velocidades»: la ejecución inmediata o la ejecución dejando pasar un cierto tiempo. Este último caso servía como argumento para justificar la muerte «natural» de los detenidos.

Fue esta espera la que me salvó la vida: a finales de este mismo año 1942, después de las derrotas alemanas de El-Alamein y de Stalingrado, se formó en la Croacia de Pavelic una conspiración que quería hacer pasar al estado independiente croata aliado de los aliados occidentales, un poco como la conspiración de Badoglio en Italia. A la cabeza de esta conspiración estaban el ministro del Interior Lorkovic y el ministro de defensa Vokic. Y una de las primeras medidas tomadas con este motivo se saldó con la liberación del campo de los «anglófilos» de 37 franc-masones. Después se ocuparon de «casos individuales», y gracias a la publicación de mi libro sobre Rusia, en Londres y en París, se me incluyó dentro de esta categoría y reencontré la libertad. Así que pude celebrar el año nuevo de 1943 en Zagreb en compañía de dos profesores de la universidad de Zagreb (uno de los cuales era primo mío) y de uno de los franc-masones liberado antes que yo.

Los conspiradores croatas contaban con poder realizar su «cambio de alianzas» después del desembarco aliado en territorio croata, en Dalmacia, tal como lo hizo Badoglio en cuanto los aliados hubieron desembarcado en Italia. Los «partisanos» de Tito actuaban entonces en nombre de Stalin y del estalinismo mientras yo continuaba en la oposición apoyando la acción «anglófila» de la conspiración Lorkovic-Vokic, aunque no creía en la perspectiva de un desembarco en Dalmacia y considerara esta conspiración como condenada al fracaso. Finalmente y previendo que el final de la guerra nos llevaría a una Yugoslavia estalinista bajo el impulso de los «partisanos» de Tito, me decidí dejar Croacia antes del desastre final y realizar de esta manera mi proyecto inicial de un viaje alrededor de Europa. Pero no era fácil realizar el plan ya que debía en primer lugar procurarme los documentos necesarios y un pretexto «válido» con coberturas indispensables, sin contar en saber escoger el buen momento, ni demasiado tarde ni demasiado temprano.

Consideré que el momento había llegado después del desembarco aliado en Normandía (6 de agosto de 1944): al cabo de un mes ya estaba en Viena. Nadie a mi alrededor creía que pudiera emprender semejante

viaje por mi gusto. Creían que estaba al servicio de algún gobierno o de algún servicio secreto, que algunos consideraban inglés y otros soviético. Paradójicamente fueron estas suposiciones las que me facilitaron el viaje: en el decurso del verano de 1944, tanto antes como después del atentado de la Wehrmacht contra Hitler, se consideraba ya en general que los nazis habían perdido la guerra y la gente pensaba realizar algo útil ayudando a un agente de los futuros vencedores, cuando éste poseía una cobertura legal. Esto no impidió los malentendidos: en Zagreb, Konrad Klaser, el jefe de la Gestapo local, me concedió un visado para Viena, o sea para el Reich, pensando que yo era un agente comunista como lo era él también (se pasó a los partisanos de Tito hacia el final de la guerra y Tito lo liquidó acusado de kominformista en 1948); en Viena, un alto funcionario de Abwerth se dirigió a mí para establecer contactos con el «Intelligence Service»...

La estancia que realicé en Viena, en Berlín y en Baviera durante este último año de la guerra me permitió captar las complejas relaciones existentes entre Hitler y el pueblo alemán tal como lo explico en la última parte de mi libro *¿A dónde vas Europa...?*

Los dos años y medio de mi tormentosa estancia en Croacia me ayudaron a ver el abismo que separaba a los Serbios y a los Croatas como fruto de la guerra nacional, civil y religiosa que ensangrentó su país durante cuatro años. Y, como ya lo he dicho, creía que Tito crearía un Yugoslavia firmemente sujeta a Stalin pero que por lo menos resolvería «la cuestión nacional» interna de un país multinacional. De hecho se produjo lo contrario: Tito evitó a la segunda Yugoslavia el yugo estalinista, pero se mostró incapaz de resolver el problema más grave de las relaciones entre los distintos pueblos que la formaban. Prefirió seguir la doctrina austriaca que prefería tener a los serbios y a los croatas juntos antes que verlos en un juego de unos contra otros: el contraste se acrecentó y la desconfianza entre los dos no ha hecho más que crecer. Yo no dejé en ningún momento de apoyar la política exterior de Tito al mismo tiempo que criticaba cada vez más su política interior. En 1950 publiqué en París *La Yougoslavie sous l'amenace intérieure et extérieure* y en Italia *Il laberinto jugoslavo. Passato e futuro delle nazioni balcaniche* (Jaca Book, Milan). La crisis económica y política yugoslava, que ha explotado después de la desaparición de Tito y se incrementa ahora a grandes pasos, plantea con toda urgencia el problema de una reorganización interior».

Ante Ciliga. Autobiografía. Mayo 1983

Correspondencia

Desde VALENCIA

Los perros de la guerra: El conflicto bélico en la ex-Yugoslavia

Ninguna guerra puede ser explicada y mucho menos justificada. Puede, quizá, buscarse, elementos racionales que nos ayuden a comprender los motivos que han desencadenado un determinado conflicto bélico; pero incluso esto es dudoso.

Por ello no dejo de sorprenderme cuando, todavía hoy, escucho comentarios en los que explícitamente se habla de que esta guerra es inexplicable. Ignoro, por qué todavía nadie ha sabido ilustrármelo, lo que se entiende en este caso por inexplicable. A lo sumo se hace referencia al absurdo que supone una guerra de esta naturaleza entre pueblos que han convivido durante tantos años de modo pacífico y sin que sean evidentes conflictos de intereses, como para justificar una guerra fratricida.

De esta manera se llega a la conclusión de que hay guerras justificables (por ejemplo, la guerra del Golfo) y otras que carecen de la más mínima justificación (como la guerra en la ex-Yugoslavia); pero sigo sin saber todavía cuales son las razones que convierten un conflicto bélico sin justificación posible en otro justificado, consensuado e incluso deseado.

Al parecer lo inexplicable de esta guerra en la ex-Yugoslavia está basado en consideraciones de tipo sociológico. ¿Cómo es posible —se pregunta mucha gente— que pueblos que han convivido en paz durante tantos años e incluso se han entrecruzado hasta prácticamente confundirse, hayan podido llegar a una guerra que se aproxima mucho a una guerra de exterminio?

Si es cierto que mucha gente estaba convencida de que podían llegar a formar un solo pueblo y lo vivía cotidianamente, no estableciendo ningún tipo de diferencias entre las distintas etnias; también lo es el hecho de que los resultados obtenidos hacen pensar que el conflicto estaba latente muchísimo antes de que Tito —y también su régimen— desapareciera de la escena política.

Efectivamente, parece olvidarse que la unidad territorial yugoslava y su unificación lingüística (a través del serbo-croato) fue lograda por un golpe de fuerza y mantenida bajo un régimen dictatorial que pudo sostenerse gracias al carisma de su fundador, el mariscal Tito.

No es este el momento para analizar las características del citado régimen que yo califico de dictadura; pero sí conviene tener en cuenta que una de las mayores fuentes de confusión proviene del hecho de considerar como revolucionarios los cambios introducidos, o el creer que una dictadura cambia su significado por denominarse de izquierdas.

Una de las consecuencias más llamativas del supuesto fracaso de los denominados regímenes comunistas de los países del Este, ha sido precisamente el reforzamiento del llamado régimen democrático occidental y el desprestigio casi absoluto de una transformación social por vía revolucionaria.

Lógicamente, la oposición al régimen totalitario titista encontraba un cauce «natural» en reivindicaciones de tipo nacionalista, las cuales llegaron a crear en ciertos momentos graves conflictos que hubieron de ser reprimidos con dureza.

Con esto no pretendo, en absoluto, ensalzar a la democracia, ya que, según mi opinión, los objetivos que persigue ésta son los mismos: la dominación absoluta. Únicamente cambia el método de actuación para alcanzarlos; porque sustancialmente son los intereses del Poder y del Estado los que se dirimen. En unos casos es un poder único el que impone su voluntad contra la sociedad en su conjunto; en otros es el juego de distintos poderes quien la impone; pero en resumidas cuentas somos los mismos quienes sufrimos las consecuencias.

Ciertamente no era fatal que en el caso de la ex-Yugoslavia se llegara al conflicto armado; podría haberse encontrado una fórmula de consenso entre los diferentes poderes en los que se fragmentó la pretendida sociedad yugoslava a la muerte de Tito. Como ocurrió, por ejemplo, en el caso español tras la muerte de Franco. Pero el desarrollo histórico de ambos territorios es muy diferente para esperar resultados similares. De lo que no me cabe duda es de que si se ha llegado al enfrentamiento bélico es porque la sociedad que se había desarrollado bajo el régimen titista carecía de mecanismos para oponerse a las imposiciones autoritarias del Poder que fuera, o porque no los juzgaban necesarios —es decir, porque tenían fe en la llamada Dictadura del Proletariado— o bien, porque se habían tropezado, quienes lo hubiesen intentado, con obstáculos superiores a sus fuerzas. Lo cierto es que la resistencia y la oposición a la guerra han sido muy débiles, cuando no inexistentes, en el interior de la antigua Yugoslavia. Pero tampoco ha sido mucho mayor en el resto de Europa o del mundo.

Uno parece sentirse más implicado en un problema cuanto más cercano está el teatro de los acontecimientos, pero la sensación de impotencia es la misma, sino mayor. Tuve ocasión de vivir unos meses en la ciudad de Trieste, a pocos kilómetros de la frontera con Eslovenia; en ese tiempo pude asistir a una preocupación bastante extendida sobre lo que estaba sucediendo —en aquel momento el conflicto todavía no se había extendido al territorio de Bosnia—. El problema de los refugiados que huían de la guerra, o la gran cantidad de miembros de las distintas etnias que configuraban la antigua

Yugoslavia, los cuales vivían en Trieste desde hacía tiempo, actualizaban constantemente el interés y la atención hacia el conflicto; pero al mismo tiempo exasperaba el ánimo la falta de posibilidades de intervención efectiva para acabar con el mismo. Eran corrientes las expresiones como: «esta guerra es incomprendible» o «no puede entenderse como gentes que hasta ayer convivían pacíficamente, hoy se odian hasta el punto de exterminarse mutuamente».

Constantemente se olvida que los términos de convivencia, paz, prosperidad, etc., en tanto no surjan de una práctica cotidiana que los consolide mediante organismos que emanen de la propia gente que los lleva a la práctica, tratando de impedir al mismo tiempo que puedan ser manipulados por instancias ajenas a los mismos, seguirán siendo patrimonio del Poder que los usará a tenor de sus intereses particulares.

En mi estancia en Trieste tuve ocasión de asistir a algunas asambleas organizadas para debatir el tema de la guerra en la ex-Yugoslavia. En ellas se llegaba casi siempre a la conclusión de que el conflicto no tenía explicación posible, o bien se recogía la propaganda de uno u otro bando y se trataba de discernir las responsabilidades en el inicio de las hostilidades, lo cual llevaba el debate aun callejón sin salida.

Uno de aquellos comicios se convocó como un congreso de intelectuales, a propósito —creo— de la publicación, por aquellos días, de un libro sobre el tema, escrito por una de las mujeres que figuraban entre los conferenciantes. Fue muy nutrida la participación en el mismo —como solía ocurrir en este tipo de convocatorias, ya que como he señalado anteriormente el tema interesaba a casi todos— e incluso hubo algunas intervenciones brillantes. No obstante, lo que me interesa destacar es el constante llamamiento que se hacía a que el parlamento europeo se comprometiera de modo efectivo e interviniese en el conflicto para darle una solución.

Me vino entonces a la mente el fantasmal Comité de No Intervención creado por Francia e Inglaterra para justificar su pasividad respecto al conflicto armado en la España del 36-39, al que lógicamente se adhirieron Alemania e Italia, mientras apoyaban descaradamente al ejército fascista de Franco.

Pero entonces se trataba de anegar en sangre una revolución y, aunque no es este el caso en el conflicto que azota las tierras de la antigua Yugoslavia, nunca puede ser descartada esta posibilidad totalmente. Y, además, pueden existir otros tipos de intereses, no siendo la venta de armas uno de los menos importantes, por ejemplo. De todos modos, no dejaba de resultar paradójico que se apelase a una hipotética unidad de intereses europea respecto al conflicto yugoslavo, cuando se había hecho patente la diversidad de inclinaciones de cada uno de sus gobiernos respectivos.

Observemos, no obstante, que en ningún momento se planteó —salvo alguna rara excepción laudable— la creación de grupos de trabajo contra la guerra o la convocatoria de una manifestación masiva de protesta que posibilitase el nacimiento de una corriente de oposición a la guerra, a cualquier

guerra, lo que supone oposición al Estado, a cualquier Estado. O simplemente hacer un llamamiento a la desertión, pero no sólo en los ejércitos que se batían en el territorio de la antigua Yugoslavia, sino en todos los ejércitos, sin excepción.

En los años sesenta la oposición a la guerra del Vietnam fue masiva, organizada y extendida por todo el orbe; quizá no cambió en nada el curso de los acontecimientos, pero estoy seguro de que esas movilizaciones sí cambiaron el curso de la vida de muchísima gente. Recientemente la guerra del Golfo despertó muy poca oposición y en algunos casos, como en Italia, la iniciativa principal corría a cargo de la iglesia, lo que no deja de resultar sorprendente en una institución tan beligerante. Mucho más cercana, la guerra en Yugoslavia ha dejado indiferente a la mayor parte de la gente o, por lo menos, no ha manifestado ningún tipo de oposición. Quizá sea este tipo de respuestas lo que hace que a una guerra se la califique de justa o injusta; pero estoy convencido que es un barómetro extraordinario para medir la capacidad de una sociedad cualquiera para responder a la barbarie del Poder.

En las últimas semanas de mi estancia en la citada ciudad comenzó a circular, en determinados ambientes, una teoría que trataba de explicar las causas que habían provocado la guerra. Estas podían resumirse en lo que se denominaba el espíritu o síndrome de los Balcanes o balcanización; algo parecido a lo que podríamos denominar la «exasperación de las diferencias», o lo que es lo mismo, olvidar todo aquello que nos une y magnificar lo que nos separa para agudizar el enfrentamiento entre iguales/diferentes. Al mismo tiempo se daba la voz de alarma ante una posible extensión de este síndrome por Europa. No deja de ser una teoría muy sugerente, pero me da la impresión de que no resuelve el problema, tan sólo lo desplaza, pues, ¿quién o qué provoca esta exasperación de las diferencias?

Paco, octubre 92

Desde ZARAGOZA

Érase una vez
Llegaron y dejaron de ser.
Pragmáticos los llamaba;
Progreso, realismo, eficacia,
eran sus armas.
Empezaron organizándolo y se convirtieron...
Ya ordenaban el mundo en Orden.
Salió un mundo gris, sin vida, sin alma,
con luces de colores para tapanlo.
Consiguieron, sin intermediarios,
la sociedad parada.
Demócratas se llamaban.

Pablo, octubre 92.

Desde BARCELONA

Al regreso de Checoslovaquia

Quizás ya no nos sea posible volver a Checoslovaquia, esta federación que ha unido durante 74 años, después de la caída en 1918 del imperio austro-húngaro, la Bohemia, la Moravia y la Eslovaquia. Posiblemente la razón de haber escrito la palabra quizás no sea más que la inconsciente resistencia a admitir la partición que va a venir, al no encontrar las razones de tal cambio en interés de checos y eslovacos, atónito ante el horror de las fracturas hoy en curso en la ex-URSS y en los Balcanes. Las mismas razones que busco para entender la transformación de esta sociedad checoslovaca, su transición hacia el mercado cuando la forma capitalista de estado se hizo insuficiente para la explotación de la fuerza de trabajo y la inexorable ley de la acumulación capitalista forzó los cambios conocidos. No es que acaricie un pasado detestable donde se confundían la explotación, la opresión, la vigilancia, la delación, bajo la impostura del régimen comunista desde 1948; pero me gustaría entender, más de cerca, cómo vive la mayoría todo este proceso, al nivel de su vida cotidiana, qué es lo que la gente quiere sacarse de encima y para ir a dónde, y dónde se halla ahora, más allá de la respuesta machacona que dan los «media» de una liberación de la tiranía por la democracia y el mercado. Estos eran, un poco, los fantasmas que nos rondaban en las conversaciones con los amigos de allí y entre los amigos que íbamos de aquí, durante nuestro viaje por Bohemia, Moravia y Eslovaquia, prendidos por su paisaje, sus ciudades, su gente.

Praga, a la vuelta de dos años, da una sensación de ciudad estable, lenta al cambio, no tentada al cambio de rumbo ante el primer marchante de feria vendiendo democracia y mercado, o duros a cuatro pesetas; con mucho sentido común, con mucha filosofía.

Tienes la sensación de que la gente vive, se agrupa, habla en sus casas, en la calle, en los bares ante aquellas cervezas que nada tienen que ver con lo que aquí nombramos con tal nombre. El cambio se ve lento, no se nota la efervescencia mercantil en muros, bares o tiendas, tratándose, éste, del sector ya privatizado casi totalmente. (Quizás en otras ciudades más pequeñas, con menos inercia burocrática, aquella efervescencia se note más).

Lo que constituye la vida diaria: vivienda, servicios, comida, libros, teatro, bares, etc., no se despegan de los salarios (como ha pasado en la mayoría de países del Este al salir del capitalismo de Estado); por ejemplo, para un sueldo medio de 5.000 coronas (el salario mínimo es de 2.500 y el máximo oscilará sobre las 20.000 en el caso de médicos y abogados) comen en un bar por 50 coronas, toman medio litro de cerveza por 6. Cierto que todo esto, por lo que nos decían nuestros amigos, está empeorando. La vida se encarece, la situación empeora, pero la sensación es de que este proceso es lento si lo comparamos, por ejemplo, con sus vecinos alemanes o húngaros. ¿Resistencia de la gente? ¿Cuota de pacificación que paga el capital internacional?

Hay también una continuidad en la corrupción: los viejos cuadros comunistas son ahora los nuevos empresarios capitalistas que lo hacen a maravilla pues conocen todos los entresijos de la economía post-socialista y son los que tienen el capital necesario, acumulado durante los años en que fueron los protagonistas incontrolables del régimen (en las fábricas todos los directivos eran miembros del partido).

El cambio económico avanza pero muy lentamente. No hay aún la invasión de los capitales especulativos extranjeros (en la actualidad poco y casi exclusivamente, un 80%, alemán). El proceso de privatización de la industria, que a diferencia de otros países como Polonia o Hungría era toda estatal, sigue un rumbo peculiar: el Estado repartía a cada persona mayor de 18 años un cupón con mil puntos al cambio de 1.000 coronas; con ellos podías ser accionista de las empresas que elegías, después de tener la información suficiente sobre ellas (dedicación, número de trabajadores, rentabilidad, precio de la acción en la primera vuelta,...) facilitada extensamente al efecto, cambiando acciones por puntos. Sin mucho entusiasmo, la gente empezó a comprar. Enseguida vino a estimular la recogida/compra de los cupones el establecimiento de más de 400 Fondos de Inversión que tomaban los cupones a una rentabilidad de hasta el 15 % anual. Así se inicia una concentración de capital nacional y, a partir de aquí, internacional. Pero con todo, el proceso de acceder a la propiedad continúa siendo atípico. Todo esto aún en un contexto sin despidos masivos importantes (en Praga, por ejemplo, no hay paro y en toda la república es del 6%).

El cambio político es también lento y el proceso también bastante atípico (respecto a otros países del Este de más obvio reciclaje del viejo aparato): Havel y el Forum Cívico. Y ajeno a la mayoría de la gente. En esto también hay continuidad: en la anterior dictadura la gente estaba separada de la política intentando vivir en su vida cotidiana; hoy continúa alejada constatando que el poder se rehace y tratando de hacer cosas prácticas, organizar la propia vida, no dejar que se la escamoteen de nuevo. Sabe que está en un momento ambiguo, que no idealiza, que en muchos aspectos se degrada o continúa igual de degradado: por ejemplo, nos explicaba un amigo que ahora trabaja más que antes y en peores condiciones. Vive en su casa (cuya propiedad, antes abolida, hoy se le ha devuelto) con sus antiguos vecinos con los que compartía el jardín pues pagaban todos un alquiler al Estado y ahora, en cambio, le pagan a él como propietario (el doble) sin poder compartir con él el jardín. La situación actual no la viven pues como buena; el porvenir incierto y más agravado ahora con la partición: pueden empezar problemas en Eslovaquia, con menos recursos, con una minoría húngara importante (más de un 10%) y con problemas de fronteras con Hungría.

Vuelven nuestros fantasmas: ¿qué cambio? ¿qué transición? ¿en qué se ha modificado la vida cotidiana de la mayoría de gente? Ellos tienen claro que salen de un pasado infame al que no piensan volver. No se trata de la penuria. Hablamos con amigos de la experiencia mutua de dictadura y clandestinidad; pero en ellos, el horror a su dictadura pasada

traduce algo distinto a nuestra experiencia aquí (en parte quizás porque la nuestra es de finales del franquismo); los rasgos que ellos destacan no forman parte de nuestra experiencia: en concreto, su experiencia de que las cosas no funcionan, de que lo más simple: comprar, viajar, se hace imposible, largo, complicado; y su experiencia de la delación: no saber nunca quien es tu amigo. Quizás aquí radica el horror del que salen, y al que no quieren volver por incierto que sea el futuro del que empiezan a experimentar ya las nuevas formas de enajenación. Hablamos de la transición: quizás el rasgo común de ambas situaciones es que se trata de

un proceso auspiciado y dirigido desde arriba, —no forzado por la acción autónoma de la mayoría—, para adecuar, en el caso español, la forma de dominación política (dictadura) a las exigencias del mercado ya en marcha desde 1959 y, en el caso checoslovaco, para adecuar la forma de explotación capitalista de Estado a la forma más desarrollada del Capital: la que domina en Occidente con mercado y democracia; pero en un momento de recesión y contracción del mercado mundial.

Quim, diciembre 92.

Hemos recibido...

MAR. Por un movimiento anti-racista, anti-colonialista, anti-nacionalista. (Ap. 21772, 1138 Lisboa. Codex, Portugal.)

Hace unos pocos años nació en Portugal este colectivo que despliega un trabajo teórico y práctico socavando los comportamientos y estereotipos racistas, colonialistas y nacionalistas. Su crítica a estos comportamientos y prejuicios no se queda al nivel formal democrático sino que va a la raíz que los produce.

En su último Boletín (nº 5) en «O racismo, cá» denuncia las críticas meramente moralistas y reduccionistas al racismo y a la xenofobia que se pierden en efectos laterales (skinheads) y dejan intactas la raíz del fenómeno: las causas económicas que lo provocan.

Fue una iniciativa de MAR publicar *MINISTROS DA NOITE* (ed. Antígona, 1991), libro negro de la expansión portuguesa. El libro, organizado por Ana Barradas desmonta el discurso colonial que desde la época de Salazar condiciona la mentalidad portuguesa respecto al nacionalismo y la xenofobia, denunciando hoy las conmemoraciones de los descubrimientos pues significa conmemorar el genocidio de las poblaciones descubiertas en Brasil o en África: millones de personas transportadas de África hacia Brasil, las Antillas o Portugal durante los siglos que duró la «obra civilizadora» de los portugueses.

El libro deshace el mito del carácter humanista de la expansión portuguesa: para los descubiertos no fue otra cosa que el inicio de la esclavitud, del colonialismo, del racismo, de la explotación y casi de la extinción (en Brasil los indios eran millones, hoy sobreviven 200.000). Para ello el libro se basa en las crónicas directas de los participantes en los descubrimientos (*Crónica da Guiné*, 1453; *Relato do viagem de Fernão de Magalhães*, 1519; *Roteiro da Viagem de Vasco da Gama*,

1498;...), las cartas que relatan el sentir de los descubridores y los relatos directos sobre los esclavos; piratería y terrorismo; misiones. También recopila literatura sobre la justificación de la expansión.

POR UNA LECTURA MATERIALISTA DE LA PERESTROIKA (Economies et Sociétés. Série «Études de marxologie»)

Todavía en plena mixtificación sobre la muerte de Marx y el fin del comunismo, mixtificación rentable para hacer prosperar la idea de la inviabilidad de otra forma social que no sea la capitalista, de hacer impensable el fin del capitalismo y de admitir, por tanto, la sociedad actual como horizonte insuperable, es de agradecer un trabajo como el que se presenta en estos «estudios de marxología», que vuelve a situar, desde distintas perspectivas, la naturaleza de la revolución que dio origen a estos 50 años de otra forma de capitalismo y su ulterior evolución con la Perestroika y sitúa también y critica el anticomunismo que se desarrolló (y se desarrolla) a través de un tipo de crítica del anti-totalitarismo.

En efecto, lo que el hundimiento de las estructuras políticas y económicas en la URSS viene a demostrar es, precisamente, la validez de la ley económica de la sociedad moderna (formulada por Marx) que fuerza a la sociedad rusa a pasar al capitalismo. En Octubre (1917) un partido sustituye a la burguesía para llevar a cabo las tareas que ésta no podía realizar: acumulación primitiva de capital; desarrollo de la relación Capital-trabajo asalariado. Lenin era bien consciente de que el régimen que inauguraba era un capitalismo de Estado, un estado burgués sin burguesía. Los «Estudios de marxología» son pródigos en citas de Lenin para corroborar esto. Transcribimos sólo una de 1905:

«Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué quiere decir esto? Esto significa que las transformaciones de las que Rusia tiene necesidad, lejos de implicar la puesta en cuestión del capitalismo, de la dominación de la burguesía, desbrozarán, por el contrario, por primera vez la vía de un desarrollo amplio y rápido, europeo y no asiático, del capitalismo en Rusia; por primera vez harán posible en este país la dominación de la burguesía como clase». (Lenin. *Dos tácticas de la social-democracia en la revolución burguesa*).

Gorbachov, siguiendo los pasos de Lenin inaugurados en la NEP (1921), intenta con sus mismas consignas, reorganización (perestroika) y transparencia (glasnost), la adaptación al capitalismo de mercado más avanzada.

A parte de estos análisis sobre los orígenes y la evolución posterior de la sociedad rusa, los «Estudios de marxología» incluyen un artículo de Max Horkheimer, escrito en 1942, sobre el Estado autoritario en sus tres variantes: reformista, bolchevique y fascista, que adquiere hoy una extrema validez.

EST: LABORATORIO DI LIBERTÁ? Editrice Zero in Condotta. (235 pág. 28.000 liras). (Para quienes estén interesados: F.A.I., C.P. 325. 57100 Livorno, Italia).

Un volumen donde se recoge una serie de materiales procedentes de las intervenciones que se produjeron durante las jornadas libertarias mantenidas durante el mes de abril de 1990 en Trieste. Al encuentro acudieron representantes de organizaciones anarquistas de toda Europa, Estados Unidos y Canadá, los cuales informaron acerca de las vicisitudes por las que atraviesa el movimiento libertario en el contexto de sus respectivos países de procedencia. Particularmente interesante resulta la información aportada por los ponentes de la Europa del Este (Rusia, Bulgaria, Rumanía, Hungría, Polonia, Croacia, etc.), que nos permite una aproximación directa tanto a aspectos históricos de la formación y desarrollo del movimiento libertario en los diversos países del Este europeo, como a su realidad actual. Como señalan los recopiladores en la pre-

sentación del texto, la sesión más concurrida fue precisamente en la que se discutió de forma extensa y sistemática los movimientos de oposición en Europa Oriental, las perspectivas de libertad y emancipación, así como la evaluación que se hace desde Occidente, etc. Otros temas abordados en los debates se centraron en torno a la crisis de la ideología marxista, las perspectivas abiertas con la unificación alemana y la formación del Mercado Único Europeo en el 93.

COLLEGAMENTI. Wobbly. Otoño 92. n° 31. Razonamiento sobre la actual emergencia social. El sindicalismo y su crisis. Japón y Occidente: nueva forma de control del trabajo (primera parte). Paul Mattick y la crítica del keynesianismo (se incluye el texto de Paul Mattick «El límite de la integración» y una entrevista que se le hizo en Nueva York en el 91). En los Angeles, ardiendo toda elusión. «Tempi caldi»: verano en los suburbios ingleses...

